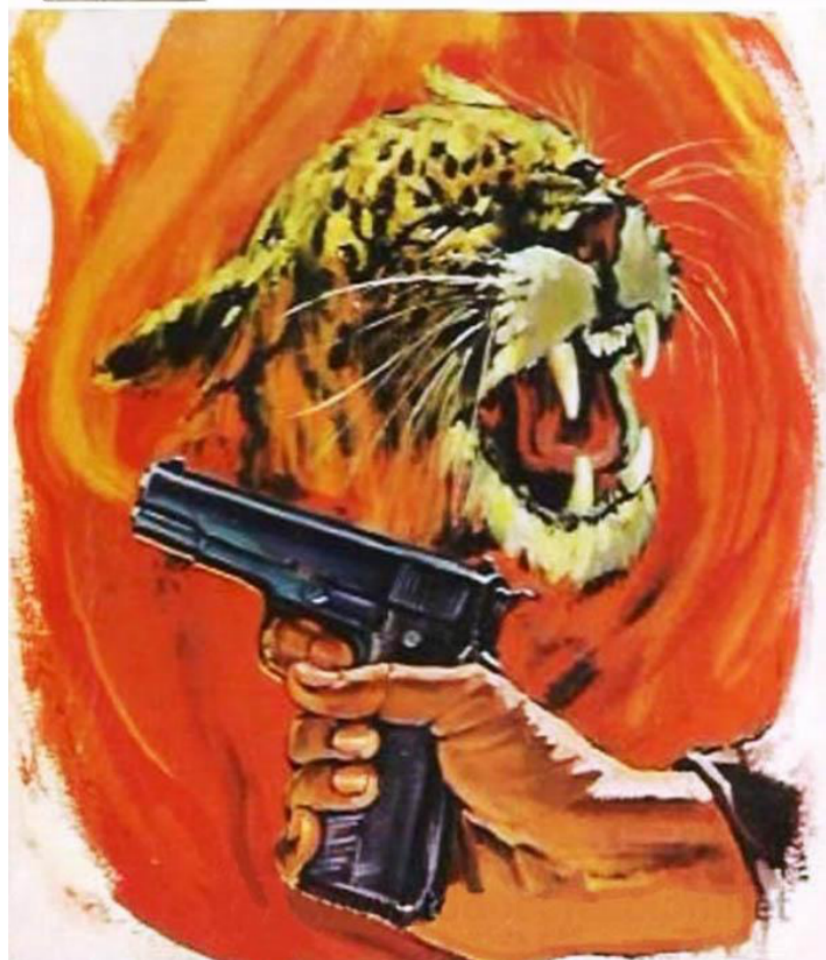


BOLSILLOS BRUJERA  
PUNTO  
ROJO

# el colmillo de leopardo

ralph barby





COLECCION

# PUNTO ROJO







RALPH BARBY

**EL COLMILLO  
DEL LEOPARDO**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 539  
Publicación semanal  
Aparece los **SABADOS**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

**BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO**





Dépósito legal: B 25.777 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: agosto, 1972

© RALPH BARBY, 1972  
sobre la parte literaria

© GIRONA, 1972  
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor  
de Editorial Bruguera, S.A.  
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**  
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972





Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia





**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR  
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección COLORADO:

769. — El valle de los ambiciosos.

En Colección KANSAS:

733. — 700 vacas por una mujer.

En Colección CALIFORNIA:

820. — En el ojo del buitre.

En Colección BRAVO OESTE:

585. — «Colt» a sueldo fijo.

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.137. — Operación Águila Viajera.

En Colección SALVAJE TEXAS:

849. — El último de los Nolan.

En Colección PUNTO ROJO:

512. — El secreto del doble sótano.

En Colección ASES DEL OESTE:

647. — Los torturados de Nogan.

En Colección BISONTE SERIE ROJA:

1.106. — El futuro no es de los cobardes.

En Colección BÚFALO SERIE ROJA:

978. — El tren que llegó tarde.



## CAPÍTULO PRIMERO

El timbrado del teléfono, estridente y largo, fue tan molesto para Don Slatery como debió de resultar para los londinenses la sirena anunciando bombardeo aéreo en la pasada y ya casi lejana guerra mundial.

Sin abrir la luz de su mesita de noche, estiró la mano y tomó el auricular. Mientras escrutaba la esfera fosforescente de su reloj de pulsera automático, respondió somnoliento:

—¿Diga?

Tras comprobar que eran las tres y veinte de la madrugada, Slatery cerró nuevamente los párpados. Una voz gruesa, algo cavernosa, respondió a través del hilo.

—Slatery, acuda a Wells Street, a la altura del cuatrocientos veinte.

—Diga, ¿se ha creído que es el día de los santos inocentes? Son más de las tres de la madrugada y hace una noche de perros en este maldito y maloliente Chicago —refunfuñó al tiempo que pensaba: «Ese tipo se cree que estamos en Honolulu, Los Ángeles o Tampa. El Norte es distinto. ¿Por qué demonios habré venido yo al Norte si he nacido en Dallas City?».

No hubo respuesta para su pregunta mental. La voz cavernosa, olvidando las palabras que había tenido que escuchar con anterioridad, dijo:

—Me llamo Eddie Sullivan y me encontrará en el *snack* de Pig.

—Vaya, conquie Pig, ¿eh? Muy bromista está usted, amigo.

—Tengo problemas. Si los resuelve pagaré veinte mil dólares al contado.

—¿Cómo, veinte mil dólares, Wells Street ha dicho?

—Sí, no tarde.

Al otro lado colgaron el teléfono.

Para Don Slatery, una ducha no habría sido más efectiva. Se

despejó totalmente y brincó de la cama.

Un cliente dispuesto a pagar veinte mil dólares era un buen cliente y Don Slatery no podía decepcionarle.

Pasó al cuarto de baño y se miró en el espejo.

Resultaba alto, más bien delgado pero del tipo mesomorfo. Por sus bíceps, tenía un excelente *punch*. Incluso había hecho algunos combates como *amateur* de la categoría reina, pero tras comprobar lo sonados que estaban algunos de los profesionales ya al margen del *ring* y que inútilmente trataban de convertirse en *managers*, lo dejó correr.

Su rostro era algo duro, de facciones acusadas, mandíbula recia y fuertes dientes capaces, aunque pareciera imposible, de masticar los filetes que servían en los *snacks* del barrio portuario de Chicago.

—Tengo los ojos demasiado rojizos. Miriam prepara unos *cocktails* demasiado fuertes y luego quiere que me los beba a galones. ¿O no fue Miriam ayer? ¿Sería Susan?

No buscó la respuesta. Metió la cabeza debajo del grifo y se refrescó bien.

Pocos minutos más tarde se hallaba en el *parking* subterráneo del edificio de apartamentos que ocupaba frente al lago Michigan, un lago triste, casi negro, muerto por la contaminación de sus aguas.

El «Porsche» de importación arrancó raudo ascendiendo la rampa cuya puerta se abrió automáticamente al cruzar entre las células fotoeléctricas.

Llovía, llovía de una forma desagradable, por lo menos a Don Slatery se lo pareció así. Coger un poco de aquella agua era ensuciarse la mano, ya que la lluvia caía sucia al cruzar el denso *smog* de la populosa e industrial Chicago.

Los faros del «Porsche» taladraron la noche de la gran ciudad.

Había poca circulación y ello le permitió aumentar la velocidad, mas no rebasó los límites permitidos. Si un agente le hacía perder tiempo podía volar el cliente que prometiera pagar veinte de los grandes.

—¿Qué querrá ese tipo? —se preguntó.

Don Slatery era investigador privado en un país donde los agentes privados menudeaban y la competencia era grande. Un buen cliente no podía despreciarse, claro que un buen cliente podía

resultar malísimo si le pedía que prácticamente se suicidara para obtener un dato.

Algunos clientes creían que por un puñado de dólares podían pedir a un investigador privado que se jugara la vida, pero no a cara o cruz, sino a una probabilidad contra mil de salir con los pies por delante. ¿Sería el tal Eddie Sullivan de éstos?

Gracias al escaso tráfico, llegó con prontitud a su cita.

La lluvia había amainado y los limpiaparabrisas cesaron en su monótono y casi adormecedor

«zum-zum».

Un edificio de seis plantas estaba ardiendo de arriba abajo y los coches de bomberos lanzaban potentes chorros de agua y espuma para sofocar el fuego, aunque cualquier idiota se daba cuenta de que a aquel edificio ya no podía salvarlo nadie, claro que sí se podía impedir que ardieran los contiguos.

—Eh, ¿adónde va? ¿No ve que el tráfico está cortado en esta calle? —le increpó un agente uniformado que deseaba proteger la labor de los bomberos que actuaban denodadamente por extinguir el incendio.

Aquel pundonor profesional resultaba paradójico en un mundo tan materialista, pero era común en los cuerpos de bomberos de todos los países de la Tierra.

—¡Busco el *snack* de Pig! —gritó, bajando el cristal de la ventanilla.

—Esto no es una merienda de cerdos, amigo, sino un incendio. ¿Acaso no ve las llamas?

Don descubrió el *snack* a su derecha. Las luces de sus rótulos anunciadores estaban apagadas y por ello pasaba casi desapercibido.

—¿Y usted no tiene ojos, agente?

—¿Cómo? —Se incomodó el representante del orden mientras a su espalda seguían lanzando chorros de agua.

Algunos curiosos, cansados de ver el fuego y de que no se derrumbara ninguna pared en un plazo inmediato, bostezaban y hundían las manos en sus bolsillos, alejándose.

Don Slatery aparcó cerca del *snack* y penetró en él. También allí había caras somnolientas.

—¿Eddie Sullivan?

El dueño del local, que había preferido alargar el cierre del mismo, preguntó con su vozarrón:

—¿Alguno de ustedes es Eddie Sullivan?

—Slatery, acérquese —ordenó un hombre menudo y calvo, algo carcomido pero de ojos pequeños, escrutadores.

Vestía impecable y sus pocas aptitudes físicas no le restaban un ápice de su gran personalidad.

En la misma mesa había tres hombres más y una mujer que de no ir tan tapada con su gabardina blanca en aquella noche lluviosa de fines de otoño habría borrado todos los bostezos masculinos del establecimiento.

—¿Es usted Eddie Sullivan?

El interpelado achicó sus pupilas castañas para observarle mejor.

—Siéntese —dijo secamente.

—Oiga, intuyo que es usted de los que andan con muchos rodeos. ¿Cuál es el problema? —preguntó Don Slatery.

—¿Qué quiere tomar? —inquirió Sullivan, cortante.

Don comprendió que aquel sujeto no era fácilmente achicable.

—Un jugo de tomate.

—¡Mozo, un jugo de tomate! —pidió Sullivan.

La mujer, que ante sí tenía un vaso alto con rocas y Don supuso que alguna bebida alcohólica, preguntó:

—¿Abstemio?

—Más bien resaca.

—Ignoraba que la resaca se pasara con zumo de tomate —ironizó suficiente uno de los reunidos y que parecía más fornido que sus compañeros.

Don repuso con aplastante sinceridad:

—Yo también, pero probaré en esta ocasión.

—Aquí tiene su zumo. Si quiere emparedados de pollo o hamburguesas con cebolla, no tardaré ni un minuto en servirselos —se ofreció el propietario del local.

—Cuando sepa algo más respecto a por qué me han levantado a las tres y media de la madrugada en una noche lluviosa, puede que pida de comer.

—*Okay*— asintió con poco entusiasmo el propietario. Si no pedían algo más no merecía la pena aguantar con el *snack* abierto.

—Slatery, el problema radica en...

—¿El incendio? —Se anticipó esperando la respuesta mientras se llevaba el vaso a los labios.

—Es listo, ¿eh? —observó Brennan, el único del grupo que lucía bigote.

Don siguió bebiendo.

—Sí.

Eddie Sullivan aguardó a explicar algo más del asunto hasta que Don terminó su ácida bebida mezclada con pimienta. El no habría podido resistirla; desde los veinticinco años tenía úlcera péptica y tomaba leche.

—Soy el presidente del consejo de administración de la Custody Corporation.

—Eso me suena a seguros.

—Perfecto, Slatery. Aquí tiene a Brennan, mi inspector jefe.

—En otros tiempos yo también fui investigador privado —sonrió suficiente el hombre del frondoso bigote negro.

—Sus dos ayudantes, la señorita Gaby Freeman y David Condor —continuó Sullivan con las presentaciones.

—¿Ustedes no han sido investigadores privados en otro tiempo? —interrogó Don, sarcástico.

David Condor contestó:

—Somos demasiado jóvenes para tener un pasado excesivamente dilatado.

—A usted creo conocerle —indicó Don Slatery, encarándose con el cuarto hombre—. ¿Teniente en la Police Center Station?

—Sí, desde hace seis meses —asintió el hombre fornido y con el cabello cortado al cepillo dándole un aspecto de mayor fortaleza.

—El teniente Howard es el encargado de investigar los desagradables casos que se vienen sucediendo últimamente.

—Para ser más concretos, el señor Sullivan, aquí presente, ha efectuado una petición al comisionado para que investigue una serie de incendios que se vienen produciendo. No le basta con tener un eficiente equipo de inspectores especializados que han recurrido a la policía, quien ha abierto el oportuno expediente, sino que ahora solicita la intervención de un investigador privado como tercero en discordia. De este modo, somos tantos gatos que si sale un ratón no lo veremos porque nos estaremos arañando los ojos entre nosotros —comentó con sarcasmo el policía.

Se levantó y tomando su gabardina y sombrero, añadió:

—Mientras dure el incendio no se puede investigar nada. Buenas noches, señorita; buenas noches, caballeros.

Howard abandonó el *snack*.

—¡Un emparedado de pollo con lechuga! —pidió Don.

—¿El zumo de tomate le abre el apetito o es que se siente mejor cuando la policía se aleja?

A la pregunta de Brennan, inspector-jefe de la compañía de seguros, Don se encogió de hombros.

—Será que cuando quiero comer águilas empiezo comiendo pollo para ir haciendo dientes.

—Ya está bien de sarcasmos, Slatery, cómase su emparedado pero descúbrame al causante de esos incendios.

—Pirómanos y compañía —respondió jocoso David Condor, un joven excesivamente imberbe para la edad que debía de tener. Su piel resultaba demasiado fina para pertenecer a un hombre.

—Necesitaré algunos datos.

—La brigada de inspección de la compañía colaborará con usted.

—Creo, señor Sullivan, que ya estamos investigando nosotros.

Ante la puntualización de Brennan, Sullivan cortó agrio y enérgico:

—Y muy deficientemente.

Con mucho cuidado para no ser despedida *ipso facto*, Gaby Freeman observó:

—Podría tratarse de una serie de coincidencias. No hemos hallado pruebas de que los incendios fueran provocados.

—Pues yo no soy de la misma opinión —rebatía Sullivan—. Trabajo en los seguros desde que era un mocoso y algo provocado lo huelo. Esta vez, quien está sangrando a la compañía lo hace con mucha perfección, eso es todo, pero tiene que ser capturado o va a causar la ruina de la Custody Corporation.

—La lluvia arrecia —comentó Gaby Freeman, observando los gruesos goterones en el cristal de la ventana.

Don Slatery tomó el emparedado entre sus dedos.

—Aunque el fuego se apague, poco va a salvarse —opinó—, claro que cuanto antes se apague mejor para hallar alguna posible pista que permita localizar al pirómano.

—A veces se topa uno con psicópatas muy astutos. Un pirómano

puede incendiar un edificio y desde una posición cómoda observar luego las llamas con auténtico deleite.

—Brennan, si ese loco existe es que la ha tomado con nuestra compañía aseguradora.

—¡Un vaso de leche! —pidió Don al *barman*.

—El apetito aumenta —observó Gaby con soma.

Don observó que la chica rubia de ojos verdes muy penetrantes era muy hermosa y parecía gustar de la pelea con los hombres.

Quizá pertenecía a una liga feminista que más que defender los derechos de la mujer atacaba los derechos del hombre.

—Si ellos van a colaborar conmigo, ¿puede asignarme a la chica como ayudante e informadora?

—Eh, pero ¿qué se ha creído?

Tras la exclamación de Gaby Freeman, el propio Brennan aseveró:

—Gaby me ayuda a mí, es muy eficiente.

—Ya lo he supuesto, por eso pido su colaboración —insistió Don entre mordisco y mordisco mientras el barman iba borrando la mueca de disgusto. Por lo menos había entrado alguien con verdadero apetito.

—Señorita Freeman, ayudará a Slatery en todo lo que pida.

—Pero, señor Sullivan, yo...

—Si no lo desea, pase mañana por caja. Le entregarán su liquidación.

Ante respuesta tan expeditiva, Gaby se calmó.

—No es necesario que pase por caja, señor Sullivan. Seré una eficiente colaboradora para el señor Slatery.

—Eso espero —dijo el propio Slatery, dejando las huellas de sus fuertes dientes en lo poco que restaba de su emparedado.

—Espero de usted algo más que los resultados que he recibido hasta ahora.

—No tema, yo sé bucear en el reino de las ratas —aseguró Slatery—, pero va a costarle algo caro.

—Ya le he dicho lo que pensaba pagarle —recordó Eddie Sullivan.

—Cuando colgó el teléfono no sabía de qué se trataba. Ahora sí lo sé y quiero el doble.

—¿Cómo?

Sullivan brincó tras la mesa, estando a punto de volcarla.

Slatery seguía comiendo y hablando como si nada tuviera importancia.

—Si no descubro nada, nada le cuesta. Si le entrego al culpable y el caso se cierra, el doble.

—¿Jugador? —preguntó David Condor, el joven inspector especialista en siniestros.

—Yo no tengo la culpa. Mi madre no llegó a tiempo al hospital y nací en un hipódromo.

—Será por eso que tiene tan buenos dientes —observó punzante Gaby Freeman.

—Sí, pero nadie me ha puesto bocado todavía —miró directamente a Sullivan y preguntó—: ¿Acepta?

## CAPÍTULO II

Las cenizas apenas estaban frías.

Las fachadas del edificio no se habían derrumbado, pero su parte interior semejaba un gran esqueleto de acero retorcido y ladrillos ahumados.

Los bomberos habían establecido un cinturón de protección y se programaba ya el derrumbe total de los restos para evitar posteriores desgracias, ya que lo que quedaba en pie podía desmoronarse en cualquier momento al no ofrecer garantía alguna.

El teniente Howard y el equipo de inspectores de la compañía de seguros escrutaban las ruinas atentamente. Don Slatery acababa de llegar y preguntó:

—¿Qué saben del guarda?

El teniente Howard frunció la nariz antes de responder.

—Los restos del cadáver están en el depósito. Por suerte, donde fue hallado no hubo derrumbe, de lo contrario casi nada habríamos encontrado de él.

—¿A consecuencia de qué sobrevino la muerte?

Gaby Freeman observó:

—¿Después de un incendio tan voraz aún lo pregunta?

—Pudo morir por otras causas —rebatíó Freeman.

David Condor interpeló mordaz:

—¿Sería capaz de ver fantasmas para cobrar la prima que le ha ofrecido Eddie Sullivan?

—Siempre he creído que detrás de un fantasma se oculta un tipo de carne y hueso. —Se volvió hacia el teniente de policía insistiendo—: ¿Se sabe algo de la muerte del guarda?

—El médico forense tardará en dar su informe. En estos casos no es fácil conocer con certeza la causa de la muerte.

—Sin embargo, se puede haber observado ya alguna característica del cadáver, ¿no? —preguntó Don Slatery.

—Pues sí. Tenía rota la base del cráneo.

—Y si no ha habido derrumbe sobre él habrá que buscar la explicación de esa rotura, ¿no? —De volvió hacia David Condor—: ¿Se da cuenta de cómo los fantasmas se van convirtiendo en personajes de carne y hueso?

—No tiene ninguna prueba todavía —objetó Brennan. Con un movimiento propio de él, estiró el grueso y cardado bigote con el pulgar y el nudillo del índice de su mano derecha.

—Es cierto, pero por algo se empieza. Ahora, supongo que usted estará informada, Gaby Freeman.

—¿Respecto a qué? —preguntó la chica que lucía unas coquetonas botas que la preservaban de las cenizas mojadas que todo lo ensuciaban.

—Del lugar donde ha sido hallado el cadáver, por ejemplo.

—Gaby, acompañañale, son órdenes del director Sullivan —dijo Brennan con un ligero matiz de sorna en sus palabras. Se volvió hacia el teniente de la policía y gruñó por lo bajo—: Esos investigadores privados suelen meterse en muchos líos y terminan mal. Por eso lo dejé yo. Algo seguro, me dije.

—Pues al paso que va la Custody Corporation dejará de ser algo seguro para usted, Brennan —observó Don desde cierta distancia— y no creo que ninguna otra compañía de seguros vaya a contratar a un inspector de siniestros tan eficaz.

Gaby Freeman acompañó a Don hacia lo que constituía el núcleo del incendio, donde todo se había quemado. Sin embargo, las paredes, milagrosamente, seguían en pie así como parte del techo.

—Tengan cuidado al caminar por esta zona. Un derrumbe puede sepultarlos —les advirtió un oficial del cuerpo de bomberos.

Varios cascotes cayeron cerca de ellos y estuvieron a punto de alcanzar a Gaby Freeman. Don tiró de ella, abrazándola para impedir que una piedra que se derrumbaba del destruido techo la lastimara.

—Trabajo peligroso el suyo, Gaby.

—Sí, muy peligroso, en especial cuando se siente una atrapada por unos tentáculos como los suyos.

—¿Con qué quería que la agarrara, con los dientes?

Gaby se encogió de hombros molesta y avanzó entre las ruinas señalando un punto entre cascotes, cenizas, hierros retorcidos y

madera carbonizada.

—Aquí han hallado el cadáver del guarda. Los peritos policiales ya han hecho fotos de todo este lugar y han tomado medidas.

Don agregó:

—Y se han dado cuenta de que éste no era el lugar habitual de estar del sereno nocturno.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque esto parece una amplia nave de oficina y supongo que el sereno, cuando hacía su recorrido nocturno, se detendría en una especie de cuarto o garita para descansar.

Gaby suspiró.

—Así es. La primera impresión es que estaba haciendo la ronda. Descubrió el fuego, trató de apagarlo y sucumbió en él.

—Qué extraño. ¿Por qué no avisar a los bomberos si el incendio se incrementaba?

Gaby replicó sarcástica:

—Eso no podrá responderlo el muerto.

—Pero nosotros lo averiguaremos —contrarreplicó Don—. ¿Han hallado algo que pueda determinar si el incendio fue intencionado?

—En absoluto. No se han encontrado ceras, resto alguno de productos orgánicos inflamables para el análisis espectroscópico ni ningún artefacto electrónico propio de una bomba incendiaria de tiempo. Pudo ser un simple cortocircuito.

—Una bomba incendiaria, bien preparada, puede no dejar rastro —observó Don Slatery.

—¿No cree que los inspectores especializados en incendios podemos saber más de este asunto que usted, Slatery?

—No se trata de buscar un simple artilugio que haya provocado el incendio para de esta forma ahorrarse pagar el seguro demostrando que ha sido un siniestro intencionado.

—¿Ah, no? ¿Doctor en investigaciones pirománticas? —inquirió ácida Gaby.

Don Slatery tosió ligeramente con aire de suficiencia, cubriéndose la boca con el puño.

—Hay que buscar a alguien o a toda una banda que quiere nutrirse de las ubres de la Custody Corporation.

El investigador privado se levantó el cuello de la gabardina. Comenzaba a lloviznar y en algunos sectores no había techo.

Buscó entre las piedras siendo observado por la joven.

Al fin, de entre unos cascotes y bajo unos hierros retorcidos, extrajo un objeto que despertó la curiosidad de la fémina.

—¿Ha encontrado algo importante?

—Siempre que se busca un rastro, cualquier cosa puede o no ser importante.

—¿Qué es eso?

—Un colmillo.

Gaby sonrió.

—No me diga que ahora caza elefantes...

—Un elefante tendría los colmillos más grandes, aun tratándose de un bisoño elefantito —corrigió irónico. Tomó el colmillo por su base y lo movió en el aire para apreciar mejor su curvatura y la agudeza de su cúspide.

—No creo que hubiera un vampiro rondando por aquí cuando el incendio.

—Esto, Gaby, es el colmillo de un felino. No soy zoólogo, pero juraría que este colmillo, por sus dimensiones y agudeza, pertenecía a un leopardo.

—¿Y por qué no a un puma? —preguntó ella, deseosa de destruir lo que él trataba de edificar.

—Podría ser —admitió sincero—, pero me inclino por un leopardo, claro que para más seguridad bastará con acercarse al zoológico y consultar con un veterinario.

Gaby, más consecuente, preguntó:

—¿Y qué podía hacer un leopardo por aquí perdiendo sus colmillos?

—El bicho que perdió este colmillo debió de morir hace ya mucho tiempo y no lo digo por lo amarillento que está, sino porque su base está taladrada. No obstante, el orificio está roto y eso explica por qué pudo perderse.

—¿Cree que este colmillo es un amuleto?

—¿Para qué serviría si no un colmillo de leopardo?

—Sí, hay muchos que en los llaveros llevan los fetiches más raros.

—Un fetiche no deja de ser un amuleto.

—Pero la mayoría de quienes los llevan no creen en ellos, los portan por simple esnobismo.

—Lo admito, pero ¿imagina lo que costará comprar un colmillo de leopardo auténtico en Chicago?

—¿Acaso hay un mercado de colmillos de leopardo en Chicago?  
—inquirió socarrona, deseosa de burlarse.

—Exactamente, no lo hay, por eso será caro para un *snoob* llevarlo en un simple llavero. Le resultaría más económico comprar un llavero de oro.

—¡Salgan de ahí, vamos a iniciar el derrumbe total! —gritó el oficial de bomberos.

De inmediato, un *jeep* de los bomberos hizo ulular su sirena para producir la alarma y que todos salieran de las ruinas.

Un  
auto-grúa  
de elevado mástil portaba suspendida de un cable flexible una pesada bola de acero.

—Creo que nos echan sin cumplidos —advirtió Don, guardándose el colmillo en el bolsillo.

Ya fuera de la zona de peligro pudieron observar cómo la pesada bola de acero se balanceaba en el aire adquiriendo velocidad e impulso para estrellarse al fin y golpear con fuerza y pesadez contra el deteriorado muro, parte del cual se vino abajo alzando escasa polvareda debido a lo mojado que ya se encontraba todo.

—Creo que ya nada tenemos que hacer aquí.

David Condor, que se había acercado a ellos, opinó:

—Me temo que al señor Sullivan no va a quedarle otro remedio que dar la orden de pago de la indemnización correspondiente a los propietarios de esta empresa que se ha quemado hasta los cimientos.

—Parece que nuestro amigo el investigador privado ha encontrado ya una pista —observó Gaby, hundiendo sus delicadas manos en los bolsillos de la gabardina blanca.

—¿Una pista? No me diga.

—Sí, pero ése es mi trabajo. ¿Nos vamos, Gaby?

—¿Adónde?

—A visitar al propietario de esta industria reducida a cenizas. Supongo que conoce su nombre y dirección.

—Naturalmente.

—Entonces, vamos. Quiero hablar un poco con él.

—*Chao*— dijo a su jefe y compañero marchándose con Don Slatery hacia su «Porsche» color verde amazonia.

—En realidad, el señor Ferguson ha regresado en el avión de esta mañana al enterarse de lo del incendio.

—¿No estaba en Chicago?

Reclinándose en el asiento anatómico mientras el pie de Don presionaba sobre el pedal del acelerador, Gaby explicó:

—Asistía a una, convención en Palm Beach.

—¿Una convención de exportadores e importadores?

—Eso parece.

—Una buena coartada —dijo Don. Pulsó un botón y salió un cigarrillo con la punta acabada de encender—. ¿Quiere fumar? —preguntó.

—Bueno —aceptó Gaby. Tomó el cigarrillo y llevándolo a sus labios color cereza aspiró el humo.

Don Slatery pulsó de nuevo el dispositivo y salió otro cigarrillo encendido para él.

Míster Ferguson les recibió en su mansión de la colonia residencial al sur de Chicago como a tres millas de la autopista Oeste.

—Ha sido un verdadero golpe para mí —dijo, dejándose caer en su butaca que estaba muy bien acolchada.

Míster Ferguson pasaba de los cincuenta y se veía muy fuerte, aunque con ojeras rojizas.

A Don le pareció que no lo sentía tanto como deseaba aparentar.

—Bueno, bueno, míster Ferguson, cobrar un millón de dólares en metálico no es como para estirarse de los pelos.

—Un millón doscientos cincuenta mil —puntualizó míster Ferguson.

Gaby asintió con la cabeza.

—Veo que no pierde detalle, míster Ferguson.

—En un momento de desastre no se debe de perder la calma, ¿no les parece?

—Sí, claro, pero un hombre ha muerto.

—El seguro de accidente a personas físicas se ocupará de indemnizar a la familia de la víctima.

—Por supuesto, por supuesto, y usted enviará una gran corona al entierro y supongo que los atribulados compañeros de trabajo

también.

—Oiga, señor... ¿cómo ha dicho que se llama?

—Slatery, Don Slatery.

—Señor Slatery, parece usted muy sarcástico, ¿no cree?

Don suspiró.

—Un millón y cuarto de dólares es una cifra sabrosa y es lógico que la compañía de seguros investigue.

—Sí, por eso les he recibido. La señorita Freeman es inspectora de la misma y usted, al parecer, asesor del departamento de siniestros.

—Sí, algo así. Por cierto, ¿cómo le ha ido la convención por Palm Beach?

—Bien hasta donde he podido asistir. La convención prosigue ahora sin mí.

—Lógico, míster Ferguson, lógico —continuó Don irónico y sarcástico, siendo observado atentamente por Gaby—. A usted, como deja de ser importador y exportador, ya no le interesa la convención. ¿No es cierto?

—La verdad, al haberse quemado todo... —objetó con aire resignado.

—Míster Ferguson, ha dejado usted a setenta y dos empleados sin trabajo y sale ganando al no tener que abonar las altas indemnizaciones por desempleo.

—Es natural, ¿no? La empresa se ha quemado.

—He valorado someramente el solar que le queda a usted tras el incendio y su valor podría estimarse en unos setecientos cincuenta mil dólares.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Que cuando un negocio apenas da para pagar facturas y deja de ser rentable, es muy bueno recibir un par de millones de dólares contantes y sonantes por él, claro que usted, si es emprendedor, puede invertir lo que le pague el seguro en su propio solar y levantar un moderno edificio de apartamentos que aumentaría su capital un mínimo de un cuarenta por ciento. Un negocio redondo, míster Ferguson, ya ve que no tiene razón para sentirse triste.

—¡Esto no lo tolero, voy a llamar inmediatamente a mi abogado!  
—exclamó descolgando el teléfono.

—Hágalo, míster Ferguson, hágalo, pero yo ya tengo la primera

pista.

—¿La primera pista? —repitió preocupado, frunciendo el ceño.

—Sí, un indicio es suficiente para retener el pago de la indemnización hasta que la investigación se complete y ésta puede durar años, claro que en sólo unos días puede desenmascarse a un culpable.

—Si está insinuando que yo he quemado mi propia empresa, le diré que...

—Tome pastillas para las amígdalas, míster Ferguson, se las veo muy rojas y con tanta polución puede ser grave —hizo una seña a Gaby para dirigirse hacia la puerta y luego agregó—: La próxima vez que le interroge puede que no sea tan suave, míster Ferguson. Un hombre ha sido asesinado, no vaya a olvidarlo, y en este condado los cómplices suelen ser sentenciados con penas severísimas.

## CAPÍTULO III

—Ha sido un poco duro con míster Ferguson, ¿no le parece?

Gaby había hecho un reproche más que una pregunta.

—Cuando se echa a los perros a los matorrales se levanta la caza. Sólo hay que disparar y van cayendo.

—¿Cree que lo que está haciendo es cazar?

—De una forma u otra, todos cazamos o pescamos. A mí me gusta más cazar que pescar.

—Entiendo, es más agresivo que pasivo.

—Exacto.

—Supongo que habrá pensado que míster Ferguson puede quejarse.

Sin perder de vista el tráfico que le rodeaba a la entrada de Chicago, el hombre respondió:

—Puede quejarse cuanto quiera. Yo no le he acusado formalmente.

—Puede denunciarlo por calumnias.

—Mire, Gaby, yo parto de la base de que ese hombre, de una forma u otra, es culpable. Sólo hay que apretarle las tuercas y saltarán los muelles.

—Un sistema un poco drástico y salvaje.

—Con el sistema de su departamento no han conseguido nada y tampoco la policía. Eddie Sullivan considera que esos incendios guardan una relación entre sí. Yo he estudiado todos los datos que me ha proporcionado y tengo la misma impresión. Todos han cobrado pólizas por el incendio total y absoluto de sus empresas que estaban arruinadas. El caso de Ferguson es claro. Gana en la póliza, se queda sin empleados, se olvida de su ruinosa empresa y tiene un magnífico solar que, al precio que está el terreno en el interior de la *city* no es precisamente un mal negocio.

—Pero ¿qué tiene que ver Ferguson con el resto de

indemnizados? Cada cual tenía su propia empresa.

Slatery enfiló por una carretera solitaria. Deseaba consultar con un amigo experto.

—Mi idea es que existe alguien muy astuto que maneja este negocio.

No llovía y el cristal parabrisas se veía limpio. Don se detuvo en una gasolinera para cargar seis galones de combustible. Luego, con el estruendo de su poderoso motor, reanudó la marcha.

—¿Y en qué forma se maneja un negocio como ése?

—Alguien que ha creído descubrir la gallina de los huevos de oro busca a sus clientes entre empresarios no muy poderosos y cuyos negocios empiecen a ser ruinosos. Les habla del negocio que supone cobrar toda la prima del solar que les quedaría limpio, etcétera, etcétera. Luego les explica que nadie se enterará de nada, que tendrá su coartada y listos.

—Entiendo. Míster Ferguson paga a ese digamos pirómano y él reduce su empresa a cenizas. El negocio se pone en marcha para desastre de la Custody Corporation, lo que indica que quien propone los negocios conoce muchos datos y es un experto.

—Posiblemente. He tratado de asustar a míster Ferguson, en realidad me convierto en cebo si consigo asustarles lo suficiente, claro.

—Una táctica peligrosa. ¿Serviré yo también de carnada?

—Podría ser. Ahora tenemos que investigar si míster Ferguson desembolsa alguna cantidad importante de dinero o si la ha desembolsado en los últimos tiempos. Debe de dar su parte al pirómano.

—¿Le someterá a vigilancia?

—Imagino que los hombres del teniente Howard ya lo estarán vigilando. Es más, el propio míster Ferguson se habrá dado cuenta de ello y permanecerá en su casa con más miedo que hambre, pero de alguna forma deberá de ponerse en contacto con el pirómano.

—¿Y permitirá que la policía se le adelante? —preguntó irónica.

—No, sólo es un trabajo lento y pesado y a mí no me agrada perder el tiempo. Ahora, por ejemplo, nos dirigimos a la casa de un amigo que me dirá algo más acerca del colmillo de leopardo.

Por el espejo retrovisor vio que un alocado motorista, con casco, gafas y el cuello de su jersey cubriéndole la boca, se preparaba para

adelantarle. Algo más atrás le seguían otros dos motoristas.

—Esos tipos siempre andan molestando el tráfico con sus imprudentes carreras en moto —gruñó Don Slatery.

Al ponerse a su altura, el motorista alargó la mano y disparó sobre el cristal parabrisas el contenido de un aerosol que lacó en rojo instantáneamente el vidrio.

—¡Maldito hijo de...!

Don pisó el freno a fondo, soltando el acelerador para no estrellarse, ya que la visibilidad se había hecho nula totalmente.

Mientras, el motorista se alejaba sobre el asfalto húmedo, aumentando la velocidad de su potente «Harley & Davidson».

Estaban aún sentados en el interior del coche que Don había logrado controlar cuando pasaron los otros dos motoristas lanzándoles sendos cócteles «Molotov» que habían prendido sobre la marcha, con gran habilidad.

—¡Afuera, Gaby, afuera! —gritó Don.

Las botellas conteniendo gasolina, aunque pequeñas, resultaron muy efectivas.

Hicieron explosión llenando el veloz «Porsche» de fuego.

Gaby saltó del coche y Don hizo lo propio por la portezuela correspondiente a la joven, ya que por su lado las llamas eran brutalmente voraces.

Ya en el exterior, Don cogió a Gaby por la cintura y la lanzó al suelo cuando el coche explotaba. Las llamas se elevaron al cielo a una considerable altura. El tanque de gasolina había reventado.

Don respiró hondo, alzando la cabeza.

—Hemos salvado la vida —suspiró Gaby.

—Sí, y yo había pagado mi plazo del seguro. Por lo menos me darán otro auto igual.

—Vaya, vaya, Slatery, se convierte usted también en un beneficiario de las compañías de seguros.

—Déjese de sarcasmos, Gaby. Ésos venían por mí.

—Sí, no cabe duda —asintió la mujer, mientras varios automóviles se detenían para ver lo que ocurría.

Tras las mediciones oportunas con un pie de rey y la observación al microscopio, el taxidermista y coleccionista de

productos animales africanos dictaminó:

—Es un colmillo de leopardo.

Don Slatery sonrió satisfecho y Gaby le miró con fingida rabia.

—De acuerdo, es un colmillo de leopardo, pero ¿qué más? —preguntó la joven.

El taxidermista se hurgó la nariz con el índice de la zurda. En realidad era un tic nervioso y el nerviosismo podía deberse a la presencia de una hembra tan perfecta como Gaby Freeman.

—Pertenece a un collar de hechicero. Puede ser de la tribu de los masai, los zulúes o quizá watusis. En realidad, diversas tribus africanas utilizan en sus collares como amuleto el incisivo y desgarrador colmillo del leopardo.

—¿Les gusta más el leopardo que el león? —preguntó Gaby.

—Sí. El leopardo es más fiero y veloz. Trepa a los árboles y puede caer por sorpresa encima de su enemigo. Cualquiera que camine por la selva africana puede temer que en el momento más inesperado le caiga un leopardo encima.

—Pero el colmillo es auténtico, ¿no? —preguntó Don.

—En efecto. Yo puedo vender collares de imitación. Sólo un experto es capaz de diferenciar el plástico amarillento del marfil verdadero.

—Ignoraba que en los Estados Unidos, en una ciudad tan industrial como Chicago, pudieran venderse collares de colmillos de leopardo y además de imitación —observó Gaby con sincera perplejidad.

El taxidermista se acercó a una vitrina y de ella sacó varios collares que extendió sobre su mesa de trabajo.

—Aquí los tiene. Hay para escoger entre los cincuenta y cien dólares de precio. En realidad podrían hacerse más baratos, pero como se venden pocos, las matrices encarecen.

Don observó atentamente los collares.

Había con más o menos colmillos que se separaban en grupos de dos, tres y hasta cinco.

—¿Los grupos siempre son simétricos? —preguntó.

—Sí, guardan proporción. Entre los grupos suelen entremezclar otros fetiches: trozos de hueso labrado, piel reseca de elefante, amuletos de ébanos, etcétera. Estos collares son muy valiosos, me refiero a los auténticos. Se han de reunir muchos colmillos de

leopardo para tener cierto prestigio entre los de la tribu y, como comprenderán, es preciso matar a muchos leopardos para obtener un buen collar. Tales collares suelen heredarlos los brujos de sus antecesores y van añadiéndoles nuevas piezas.

—¿Y es fácil comprar uno de esos collares de brujo africano? —preguntó Gaby.

—Es muy difícil porque ellos les confieren poderes mágicos equivalentes a cualquier objeto sacro de cualquier otra religión occidental. Por un collar de ese tipo podrían pedir lo que quisieran o pegarle un tiro al brujo que lo lleve puesto. A muchos millonarios que van de safari a África les gustaría traerse uno de esos collares auténticos, pero han de conformarse con comprar uno de imitación y luego contar a sus amigos que les costó mucho convencer al brujo de la tribu para que se lo vendiera.

—Pues alguien en Chicago debe de tener un collar de hechicero, porque he encontrado este colmillo.

—Sí, y es auténtico —puntualizó el taxidermista—. Lo compro.

—No está en venta. Por cierto, ¿puede haber algún brujo africano en Chicago?

Gaby dijo socarrona:

—No creo que los hechiceros africanos hagan turismo en Chicago.

El taxidermista, no muy convencido, explicó:

—Últimamente, Chicago recibe una corriente inmigratoria muy fuerte de hombres de color que se emplean en las grandes factorías industriales. Entre ellos podría llegar algún brujo o descendiente de brujo.

—Sí, pero no resultaría muy provechoso buscar entre todos los negros de la ciudad para ver quién puede tener un collar de estas características.

—Collares de este tipo se estilan también entre algunos *hippies*. Incluso sé que hay algunos hechiceros en Francia, Inglaterra y también en Estados Unidos que ofrecen algunas sesiones privadas de vudú para ricos *snoobs*. Por supuesto, algunos de esos brujos que pasan por auténticos son falsos.

—Eso ya me parece más verosímil.

—En realidad, ¿a quién busca, Slatery?

—A alguien que se le haya perdido un colmillo.

## CAPÍTULO IV

—Creo que se extralimita, Slatery —observó Gay Freeman, molesta.

Don Slatery apenas dibujó una sonrisa en su boca cuando aparcó el sedán «Mercury», propiedad de la joven, en el barrio de Berwyn, cerca de los muelles portuarios.

—Hasta que el seguro no me pague el coche, utilizaré el suyo, Gaby. Recuerde que su patrón le ordenó ponerse a mi disposición.

—Pero pueden tardar todo un mes en pagarle el coche.

—A mí no me importa demasiado —replicó el hombre—. En este auto cabemos bien los dos, es amplio.

Gaby Freeman esbozó un mohín de protesta y se cruzó de brazos para refunfuñar después:

—Si lo que necesitaba era un vehículo, con rentarlo era suficiente.

—Sí, pero no estaría Gaby Freeman dentro. Ahora, démonos prisa. No quisiera llegar tarde a la función.

Tuvieron que internarse a pie por unas calles húmedas y viejas como el propio Chicago. Paredes angostas a ambos lados, ladrillos desnudos, escaleras de incendios que subían de ventana a ventana.

Coches mal aparcados hacían imposible la circulación por aquel lugar. Lo que Don no se explicaba era cómo saldrían de allí los autos ya estacionados.

Tras caminar unos doscientos pasos, Don enfrentó a Gaby Freeman con una puerta sobre la que lucía un rótulo de neón rojo en el que podía leerse: «BLACK ÁFRICA».

—Si tiene miedo, cójase a mi brazo.

—Mientras esto no sea un prostíbulo —objetó Gaby mirando con recelo la puerta color granate que permanecía cerrada ante ella.

—No, es una especie de club nocturno, claro que, como es lógico, lo que se representa en su interior no son espectáculos

edificantes.

—¿Sólo para negros?

—En realidad, esto era antes un club de negros, pero desde que aparecieron los *hippies* comenzaron a dejar entrar a blancos, amarillos y marcianos si pagan su *ticket*. Algunos *hippies* siguen viniendo, pero ahora se llena especialmente de muchos *snobs* *week-end*

. El club tiene sus *bouncers*[1] para que no sea molestado ningún cliente, sea de la raza que fuere. De esta forma se aseguran de no perder clientes que temen por su integridad física.

—A eso le llamo yo vigilar el negocio.

—Exacto, Gaby, así es. Antes, cuando sólo venían negros, ganaban muy poco. Ahora, que paradójicamente hay más negros obreros en Chicago, dentro hay más blancos que negros pero, eso sí, las consumiciones son más caras y los clientes pagan.

—Bien, entremos. Llevando un paladín a mi lado no creo que vaya a pasarme nada —dijo con sorna.

Tras cruzar tres espesas cortinas, todas ellas rojas, penetraron en una amplia sala de paredes de ladrillo.

Aquello, en tiempos pasados, podía haber sido una caballeriza o algo por el estilo. El hedor seguía siendo el mismo y una nube de humo impedía ver el techo, por otra parte mal iluminado.

Un rudimentario tablado de forma rectangular nacía de una pared introduciéndose entre las mesas del público, dividiéndolas en dos partes, y en él se presentaban los espectáculos.

En aquellos momentos, cuatro mulatas brasileñas, con más *sexy* que arte, bailaban un ritmo carioca.

Diez dólares de propina hicieron que el jefe de meseros les proporcionara una mesa cercana a la pista, claro que antes tuvo que echar de ella a tres marineros fluviales que lanzaron gruñidos de protesta.

—¿Qué tomarán los señores?

—*Bourbon*— pidió Gaby.

—Lo mismo, pero doble y con *rocks*.

Tras las mulatas brasileñas tuvieron que escuchar a un cuarteto de *jazz* de cuarta fila.

Gaby observó:

—No son precisamente unas atracciones de calidad.

—Para atraer al público a este lugar les basta con tenerlo todo sucio, maloliente y con cierta espontaneidad. Según me han informado, hay algunos espacios en los que puede actuar quien quiera del público sin limitación alguna.

—Pero, Slatery...

—Don es más corto —corrigió el investigador privado percatándose de que la paciencia de su compañera se agotaba.

Aqué! no era precisamente el ambiente que le gustaba frecuentar. La incorrección en el vestir ya era lo de menos. Las ropas y las largas barbas y cabelleras de *hippies* de todas las razas, posiblemente piojosas muchas de ellas, tampoco importaban demasiado, pero sí impresionaban las miradas extraviadas, los labios temblorosos de seres de todas las razas, no importaba el sexo, toxicómanos muchos de ellos.

No era raro que allí alguien saltara de improviso en un rapto de locura espoleada por las drogas, produciendo un deprimente espectáculo que sólo causaba hilaridad entre sus observadores. Rápidamente eran retirados por los *bouncers* al callejón.

—¿Puede explicarme para qué me ha traído aquí, Don? ¿Qué tiene que ver este antro con los seguros contra incendios de la Custody Corporation?

—No sea impaciente, Gaby. Mientras tomamos el *bourbon* creo que podemos empezar a tutearnos.

—Esto me parece una encerrona.

Don la observó divertido. Gaby estaba furiosa. Sullivan la había amenazado con despedirla de su magnífico empleo si no colaboraba con Don Slatery y ahora se sentía atrapada.

—Ahora, amigos de este club, el vudú de la tribu de los masai. Muchos son los que creen que el alma de los dioses y los muertos de la tribu masai han desaparecido en la eternidad, mas se equivocan. Aquí está Katoe, el gran *laibón* revivido para danzar y comunicarse con sus antepasados, con los cuales comió y durmió en su tiempo de muerte. ¡Amigos, Katoe para Black África!

Aparecieron dos negros masai.

El uno llevaba una macumba y el otro unos bongos auténticos. Ambos se sentaron al borde de la pista e iniciaron una música rítmica de  
tam-tam

que comenzó suave y en apariencia monótona, captando la sensibilidad del público.

No tardó en aparecer Katoe. Resultó un negro más bien alto. Portaba unos pantalones de piel de leopardo muy ajustados y el torso desnudo a excepción de un gran collar de colmillos de leopardo.

Muchas pinturas de diversos colores brillaban en su cuerpo a la luz del foco y era difícil averiguar el aspecto de su rostro, ya que iba muy pintarrajeado y con una especie de casquete de plumas negras sobre la cabeza.

En su diestra portaba una aguda lanza y en la izquierda algo que hacía sonar y que de vez en cuando despedía humo.

El *laibón* masai danzó con rapidez y cuando la música aceleró, fue lanzando maldiciones o bendiciones, lo mismo daba, hacia el público.

—De modo que son los colmillos del leopardo lo que está investigando, ¿eh?

—Eso es, Gaby.

Don sacó una cámara fotográfica camuflada dentro de un encendedor. Disparó varias veces instantáneas de la micropelícula ultrarrápida.

—Será difícil que logres contar los colmillos o averiguar si le falta alguno. Puede haberlo repuesto.

—Uno auténtico es muy difícil de reponer —objetó Don.

Tras Katoe salieron tres bailarinas negras. No podía decirse que sus rostros agradaran a los blancos que, como era lógico, no comprendían la belleza étnica de la raza negra, pero sí podía admirarse la escultura de sus exuberantes y bien torneados cuerpos.

Las danzarinas, sensuales hasta el paroxismo, evolucionaban alrededor del *laibón* que iba lanzando explosiones de humo que envolvían a las féminas.

Luego, la afectada como víctima de un brutal y demoníaco hechizo, se tiró al suelo y un ataque epiléptico era algo suave comparado con sus convulsiones mientras los trepidantes bongos obligaban incluso a muchos de los espectadores a golpear las mesas con sus puños y a patear el suelo, inmersos en la magia vudú de la música selvática.

Las tres chicas se convulsionaban por la pista cuando de forma

repentina e inesperada, la música se interrumpió y el brujo hizo una pirueta sobre sí mismo prorrumpiendo en un alarido salvaje que dejó al descubierto su fuerte y blanca dentadura.

Al mismo tiempo lanzó su venablo con fiereza, casi con rabia demoníaca.

—¡Don! —gritó Gaby.

La lanza se clavó en la mesa ocupada por Don y Gaby, hundiéndose en la madera lo suficiente como para salir parte de su punta por debajo del tablero mientras la vara vibraba en forma impresionante.

## CAPÍTULO V

—¡Qué miedo he pasado! —dijo Gaby Freeman, con sinceridad al abandonar el Black África.

Don Slatery se subió el cuello de la gabardina lo mismo que la joven para protegerse del frío y la humedad que aquel inhóspito barrio de Chicago les ofrecía.

—Creo que ese Katoe nos conoce.

—¿Tú crees? —inquirió Gaby, tuteándole ya.

—Me cuesta creer que haya sido una casualidad lo de la lanza. Podía habernos atravesado con ella.

—Estaba muy excitado. Quizá haya caído en nuestra mesa por simple azar.

—Si despidiera la lanza con tanto descuido como quiere hacer suponer, en cada actuación tendría problemas con los clientes, ya que correría el riesgo de atravesarlos como debieron de hacer sus ancestros, si es que ese Katoe es realmente un masai del África oriental.

—Es posible, de todos modos va a ser muy difícil probar que fuera él el incendiario.

—Y tampoco pudimos reconocer a ninguno de los tres motoristas que nos atacaron incendiándonos el auto.

—¿Piensas presentárselo al teniente Howard como el pirómano que andamos buscando?

El hombre carraspeó. Miró el suelo empedrado y húmedo, luego los muros de ladrillo del callejón y por último posó sus ojos como en un oasis de paz y belleza en las pupilas de Gaby.

—Antes de acusar a alguien debo de tener pruebas. No debo de alertarlos, pero sí incordiarlos.

—¿Hablas en plural?

—Los que me atacaron eran tres, por eso he de ir con cuidado. No quiero que creyendo perseguir al lobo no cacemos más que a

lobeznos y el gran lobo tenga oportunidad de huir.

—¿No estarás viendo el asunto más complicado de lo que es?

—Piensa que Katoe puede ser sólo un miembro de esa supuesta compañía de pirómanos.

—Me temo, Don, que me estoy dejando llevar por tus suspicacias. Realmente no ha sucedido nada importante, sólo hemos asistido a un espectáculo extraño y admito que me ha parecido sincero. A las tres chicas que han llegado al paroxismo en sus convulsiones han tenido que llevárselas en camilla.

—Puede que esa parte sea sincera si las chicas han tomado drogas o simplemente se han entregado totalmente al tam-tam

que no deja de ser una especie de hipnótico acústico, pero ¿qué me dices de los tres motoristas que nos han atacado?

—Tenga una noticia que darté, Don.

—¿Y cuál es?

Gaby Freeman se hizo esperar. Guardaba aquella noticia como un pequeño as en una partida que deseaba ganar o, por lo menos, impresionar al contrario.

—Han sido interrogados algunos vecinos de la Wells Street y han declarado que aquella noche les molestó el ruido de unas motocicletas, pero como los gamberros motorizados abundan, no sólo en Chicago, sino en toda la nación, no le dieron importancia. Poco después escucharon las sirenas de los bomberos.

—Esa noticia sirve para atar cabos, pero si fuera declarada en la corte, no tendría excesiva validez. Cualquier picapleitos de cuarta fila podría demolerla con facilidad alegando que pasan muchos gamberros en moto por las calles de Chicago a media noche.

Otra cosa sería si alguien los hubiera visto y pudiera identificarlos sin error alguno.

—¿Acostumbras a hacer de abogado del diablo en tus investigaciones?

—Aprende uno a ser abogado del diablo de sus propios trabajos cuando se reciben los primeros fracasos creyéndose uno que era muy listo.

La sagaz vista de Don descubrió de pronto una sombra encaramada en una de las escaleras metálicas contra incendios.

—¡Cuidado, Gaby!

La empujó hacia un automóvil aparcado cuando una bala silbaba cerca de ellos y terminaba golpeando los ladrillos de la pared.

Rebotó contra la plancha del coche estacionado, produciendo un fuerte ruido.

—¿Qué sucede?

—Nos quieren cazar.

—¿Cazar?

—Sí. Por lo visto estamos sobre una buena pista, porque tratan de eliminarnos.

Otra sombra apareció por el callejón portando una «*Parabellum*» equipada con silenciador.

—¡Nos matará! —exclamó Gaby, asustada.

—Ellos están armados y parece que nos van a coger entre dos fuegos. Lo malo será cuando se den cuenta de que nosotros no vamos armados.

Gaby, escondida entre la pared y el automóvil aparcado, se cogió del brazo masculino.

—Tengo mucho miedo.

—Por lo menos eres sincera.

Dos taponazos más se produjeron en el casi siempre solitario callejón.

Las balas rompieron sendos ladrillos y una de ellas, al rebotar, se incrustó en un neumático. Comenzó a deshincharse mientras el coche se inclinaba levemente del lado en que perdía el aire.

—Esos tipos van en serio. Hemos de estropearles la caza.

—Don, pareces tomártelo muy en broma —reprochó la mujer, asustada y agradeciendo la escasa luz que iluminaba el tétrico callejón.

—Es mejor sonreír cuando se está delante de la muerte. Luego no le dicen a uno que ha quedado hecho una pena cuando le encierran en el ataúd.

Slatery sacó un pequeño cortaplumas cuya hoja desnudó.

—¿Qué vas a hacer?

—Intentar estropearles la caza, ya te lo he dicho.

El sujeto del callejón fue avanzando con cierta cautela, como temeroso de recibir una rociada de plomo, pues ignoraba que Slatery estaba desarmado.

El de las escaleras contra incendios seguía detenido a la altura del segundo piso, controlando la situación. Si Gaby o Don escapaban de la protección que les ofrecía aquel vehículo ya deteriorado por los proyectiles, serían acribillados.

Don consiguió abrir la portezuela del auto y sin hacer ruido se introdujo por debajo del asiento.

Hurgó en la cerradura del contacto con la hoja del cortaplumas hasta lograr que la batería funcionara. Encendió la luz intensiva que con su gran potencia iluminó el callejón, especialmente la figura del atacante que quedó cegado y disparó contra el coche sin conseguir nada.

Don tomó la gamuza que allí había y presionó el aro del claxon con ella, sujetándola al volante de modo que la bocina comenzó a sonar con toda su potencia, de forma continua y sumamente escandalosa.

El del callejón, cogido in fraganti con tanta luz y la estridencia del claxon, temió ser atacado y salió corriendo mientras su compañero comenzaba a trepar por la escalera de incendios.

—Aguarda aquí —pidió Don a Gaby.

—¿Adónde vas? ¡Te matarán!

Don corría ya hacia la escalerilla de incendios. Brincó sobre sí mismo, se aferró con las manos al peldaño inferior y luego se alzó a pulso. Volteó su cuerpo y se encaramó por la escalera.

Un fogonazo apareció a la altura del cuarto piso.

La bala, disparada con silenciador, se hizo audible al rebotar contra los peldaños de plancha de hierro.

Pese al claxon y a la intensa luz, no apareció nadie que quisiera ayudarles. El robo de coches resultaba muy frecuente y podían creer que se trataba de uno de ellos.

Don corrió hacia arriba, exponiéndose a las balas de aquel indeseable cuyo rostro desconocía.

El fugitivo debió de consumir todo el cargador de su pistola, porque no disparó de nuevo, pero sí desapareció en la azotea.

Cuando Don llegó a la parte superior del edificio, sólo descubrió una azotea sucia y plegada de sombras mientras abajo se escuchaba ya la ululante sirena del coche patrulla que, alertado por alguien, se introducía en el callejón. Gaby corrió a su encuentro.

El edificio sobre el que se hallaba Don Slatery era más alto que

los contiguos del callejón.

A la derecha y en dirección a la salida del mismo había otro edificio, separado poco más de tres o cuatro yardas. Entre ambos se abría un angosto callejón lateral sin salida que terminaba en la puerta del garaje particular de un antiguo almacén.

Slatery intuía que el fugitivo continuaba en la azotea, que no había saltado aún de la misma.

Por ello, anduvo con cautela. Había respiraderos intercomunales que brindaban protección a quien se ocultara tras ellos.

De pronto, una sombra saltó de costado.

Don estaba seguro de que había sido vigilado por un hombre convertido en fiera acorralada. Escuchó su respiración agitada cuando saltó sobre sí.

Le habría partido el cráneo con la culata de la ya descargada «*Parabellum*» con silenciador de no apartar la cabeza a tiempo.

Asió la mano armada y con una presa de judo lo volteó por encima de su hombro, lanzándolo lejos de sí.

El delincuente, cuyo rostro no había podido ver Don aún, debió de comprender que en una pelea contra su perseguidor tenía todas las de perder, por ello, desesperado por huir, se puso al borde de la azotea.

—¡Espera! —le gritó Slatery.

—¡Allí está! —chilló Gaby desde el callejón.

Dos linternas de policía enfocaron hacia lo alto dando en el rostro del fugitivo que se lanzó hacia el otro edificio esperando escapar.

Don corrió tras él ansioso de capturarlo, pero el delincuente voló por el espacio.

Las manos del fugitivo se aferraron a la comisa de la azotea que deseaba alcanzar, mas el impulso de la caída fue muy fuerte y sus dedos, engarfiados en el frío y húmedo ladrillo, se doblaron incapaces de resistir su propio peso.

Instantes después, un alarido infrahumano se escuchaba en el callejón sin salida.

Un golpe sordo y un cadáver quedó sobre el adoquinado del barrio de Berwyn.

Slatery quedó inmóvil en lo alto, sin haber podido alcanzar al fugitivo, que acababa de perder la vida llevándose consigo el

secreto de sus fechorías.

## CAPÍTULO VI

La reunión tenía efecto en el barroco y suntuoso despacho de Eddie Sullivan, presidente del consejo de administración de la Custody Corporation.

—Hemos podido averiguar lo justo sobre Frank Lester.

—Por poca cosa que sea, siempre resultará interesante — puntualizó Slatery.

Por su forma de sentarse parecía el más tranquilo de la reunión.

Eddie Sullivan cruzó sus huesudos dedos antes de decir:

—Lo importante es que sea suficiente para que la Corporation no se vea obligada a pagar la indemnización a Ferguson por el incendio de los locales de su empresa.

Brennan, el jefe de inspectores de siniestros de la compañía, atusó su poblado bigote con el nudillo del dedo índice de la mano derecha antes de objetar:

—Ferguson podrá esperar y luego recurrir a sus abogados si la investigación se alarga.

David Condor puso en su rostro barbilampiño una sonrisa fría y suficiente.

—Me temo que lo que el detective Slatery ha averiguado hasta ahora no es bastante para bloquear la indemnización que debe de percibir Ferguson.

El teniente Howard suspiró.

—Yo también opino lo mismo. Frank Lester era un muchacho de veinte años nacido en Los Ángeles, escapado de dos reformatorios y que había cumplido un año de cárcel en la penitenciaría de Attica en el estado de Nueva York. Últimamente se le buscaba en varios estados por gamberrismo, robos en pequeña escala, infracciones al código de circulación, etcétera, delitos suficientes para llevarlo a prisión, pero nada serio. No tiene en su haber ningún incendio intencionado, por lo que no se puede demostrar que hubiera

participado en el siniestro de Ferguson.

—Pero nos atacó —exclamó Gaby.

—No es suficiente —aclaró el teniente Howard—. Él no ha confesado nada. Yace ahora en la Morgue y sólo se le puede acusar de violencia con armas de fuego.

Don Slatery admitió:

—Así es, ni siquiera puedo atestiguar que fuera uno de los que nos atacaron cuando viajábamos en el «Porsche», iban demasiado cubiertos.

—Pero había dos hombres más cuando nos atacaron con las motocicletas —recordó Gaby.

Don Slatery concretó aún más.

—Y puede haber un cerebro tras ellos dirigiéndolos. Por el momento ya sé cómo es el que logró huir. Lo enfoqué de lleno con la luz intensiva del automóvil.

El teniente Howard rechazó:

—La descripción de alto, delgado, magro de rostro, entre veinte y veinticinco años de edad y aspecto de *hippy*, coincide con millares de jóvenes de los que van de una parte a otra de nuestra nación.

—Puede ser, teniente Howard —admitió Don—, pero yo reconocería de inmediato a ese tipo si volviera a toparme con él.

El inspector Brennan preguntó con cierta sorna:

—¿Y de qué le acusaría, de haberle atacado en un callejón solitario? Usted es de la profesión y sabrá la cantidad de asaltos con arma de fuego y arma blanca que a diario se producen en Chicago.

—Sí, ya sé que no es nada nuevo, pero yo podría hacerle hablar.

—¿Cómo? —inquirió el teniente Howard frunciendo el ceño—. Los malos tratos podrían llevarle a usted a una corte. No puede lastimar a nadie.

—Sé cuáles son mis derechos, teniente, pero tampoco me gusta que me vayan tomando por una diana de tiro al blanco.

David Condor acusó:

—Es usted quien desea convertirse en diana, Slatery.

Eddie Sullivan cortó con su voz casi cavernosa:

—Quiero una investigación completa, para eso pago a mis inspectores. En cuanto a usted, teniente Howard, representa a la ley y tengo derecho a ella como contribuyente. Usted, Slatery si no obtiene resultados efectivos no cobrará su dinero, ése fue el trato.

—Si consiguiéramos algo más tangible que detuviera el pago de la póliza de seguros, sería suficiente. Luego, la investigación proseguiría y acabaría aclarándose todo —dijo Gaby.

—Lo dices con mucha seguridad —casi reprochó David Condor.

—Es que empiezo a creer que el incendio fue intencionado.

—Puede ser —admitió el inspector Brennan—; lo que ya sería más difícil es probar que fue el propio empresario quien causó el siniestro para cobrar la póliza.

—¿La póliza cubre si el incendio ha sido provocado por una tercera persona? —inquirió Slatery.

Eddie Sullivan asintió.

—En efecto, lo cubre, siempre y cuando no se demuestre que el asegurado es cómplice en algún modo.

—Primero habrá que demostrar que el incendio no ha sido fortuito —sentenció el teniente Howard—. Nuestros técnicos no han descubierto nada que justifique proseguir la investigación. Es lógico que le disguste abonar la póliza, míster Sullivan, pero éstos son los riesgos que debe de correr una aseguradora.

—¿Ésa es la conclusión que piensa dar al comisionado tras su investigación, teniente Howard? —preguntó Sullivan con acritud.

Antes de que el representante oficial de la ley diera una respuesta tajante, Don Slatery dijo:

—Antes de una semana tendrá resultados efectivos, Sullivan. Yo sí estoy convencido de que el incendio fue provocado.

—¿Es que ha encontrado algo? —preguntaron a un tiempo el inspector Brennan y el teniente Howard mientras el joven pero mordaz David Condor observaba atentamente.

—Sí.

—¿Y qué es? —preguntó Sullivan.

—Esto.

Don sacó de su bolsillo lo que había encontrado entre las cenizas, mostrándolo entre sus dedos.

—Parece un diente de vampiro —ironizó Brennan.

—Es un colmillo de leopardo. —Slatery lo tendió a Howard—. Lléveselo a su gabinete de investigación y luego no diga que no colaboro con la policía.

—¿Un colmillo de leopardo? —repitió el teniente, observándolo interesado.

—La empresa incendiada era de importación y exportación —concretó David Condor—. Quizá importaron colmillos de leopardo. Como se están pasando de moda los conjuntos *beat* y se actualizan las brujerías y otras estupideces polanskianas...

—Slatery, ¿cree de veras que el hallazgo de este colmillo es suficiente para su euforia?

—Debe de serlo —repuso Slatery, mostrando sus grandes y poderosos dientes en una amplia sonrisa.

—¿Por qué?

—Porque ya he sido atacado dos veces en muy poco tiempo.

—Tres —puntualizó Gaby.

—¿Cuál es la tercera? —preguntó el teniente.

—Bah, no tiene importancia —dijo Slatery, encogiéndose de hombros.

—Sí la tiene —rebatíó la muchacha—. Antes era yo quien no se la daba, pero ahora...

Eddie Sullivan exigió:

—Concreta, Slatery. ¿Cuál ha sido esa tercera ocasión?

—En el Black África Club nos arrojaron una lanza que se clavó en la mesa, pero debió de ser una parte más del folklore del espectáculo que se nos estaba ofreciendo —explicó Don con naturalidad—. Ahora, si ya no hay más que hablar, tengo trabajo. Gaby me acompañará como siempre, ¿no es cierto?

Gaby Freeman miró a Sullivan, su patrón, y la dureza de las pupilas de éste la obligaron a levantarse de su asiento.

—Ordenes son órdenes —comentó alguien.

Ya en el interior del sedán «Mercury», Gaby Freeman preguntó con cierto enojo:

—¿Adónde vamos ahora para que traten de asesinarnos nuevamente?

—Cuando intenten liquidarnos no lo sabremos. Eso, con suerte, sólo se sabe unos segundos antes. La capacidad de reaccionar a tiempo es la que permite sobrevivir.

—Pues me temo que yo carezco de ese sexto sentido que me advierte del peligro.

—Entonces, harás bien en acercarte a mí —dijo el hombre, mirando el espacio que les separaba en el asiento del auto y que era excesivo.

Gaby siguió pegada a la portezuela, sin aproximarse al hombre.

Comenzaba a admirarle contra su voluntad y aquello era peligroso. No deseaba someterse por amor a un cínico engreído como era el detective Slatery.

—Será una visita técnica —observó Don.

—¿Al taxidermista?

—No.

Tras la lacónica negativa, Don se sumió en el silencio.

El «Mercury» rodó por las calles de Chicago y se detuvo en Clark Street.

Penetraron en una casa de especialidades fotográficas.

Una chica rubia les recibió con una sonrisa profesional, pero al fijarse en el hombre y en su apostura, se dirigió a él insinuante y coqueta.

—Dile a Michael que he llegado. Tú eres nueva, ¿verdad?

—Desde esta mañana. Antes trabajaba en un almacén, por *hobby*, claro.

—¿Vamos a perder el tiempo aquí? —preguntó Gaby, cortante.

Se percató de que había demostrado celos con sus palabras y se molestó consigo misma.

La chica llamó por el dictáfono y el técnico y propietario del establecimiento no tardó en aparecer.

—Te estaba esperando, Don, lo tengo todo preparado —saludó.

—Magnífico, así no perderemos tiempo.

El fotógrafo era un hombre bajo y grueso. Sus manos parecían muy tranquilas y hábiles.

Gaby Freeman opinó que aquel individuo disfrutaba con su trabajo.

Pasaron al estudio. Allí había focos y dos cuartos de revelación herméticos a la luz.

Gaby observó que había profusión de fotografías de mujeres y nada edificantes.

—Es puro arte —comentó Don.

—Una mujer muy hermosa —observó el fotógrafo—. Si desea que le haga alguna foto profesional...

—No, muchas gracias —denegó Gaby, mascando las palabras y sintiéndose como desnuda ante los ojos de aquel hombre que buscaba la perfección y el equilibrio.

—¿Podemos ver ya las diapositivas?

—Sí —asintió Michael, apagando la luz central.

Un proyector muy especializado frente a cuyo foco se habían colocado las microdiapositivas se encendió iluminando una pantalla situada a cuatro pasos.

Michael ajustó las lentes para obtener el máximo de nitidez.

—¿Te has ido a la selva para tomar estas instantáneas? —preguntó socarrón al ver al brujo danzando.

—No hay que ir muy lejos para estar en la selva, basta con salir a la calle —replicó Don Slatery.

—No creí que pudieras tomar fotografías tan perfectas con aquella minúscula máquina camuflada —dijo Gaby con sinceridad.

—Fíjate en el *laibón*. Lleva el collar con los colmillos de leopardo en grupos de cinco.

—Seis grupos son visibles —observó Gaby.

—Sí y fíjate en el segundo de su derecha.

—Es cierto, tiene sólo cuatro colmillos, pueden contarse perfectamente.

—Falta uno.

—¿Es importante el que le falte un colmillo a ese espantajo?

—Ese espantajo tira la lanza con mucha habilidad y fuerza, ¿verdad, Gaby?

—Es cierto.

En distintas instantáneas se podía constatar más o menos claramente, según la posición del hechicero, la ausencia de un colmillo de leopardo en uno de los grupos del collar.

—¿Crees que sería suficiente para el teniente Howard? —preguntó Gaby.

—No. Sería imposible demostrar que el colmillo que falta pertenece a ese collar. Ese sujeto podría argüir que perdió el colmillo hace mucho tiempo.

—¿Puedo enterarme de algo? —inquirió Michael intrigado.

—Dame las diapositivas, no quiero que se pierdan. Por cierto, tienes un encanto en la tienda. ¿Vas a utilizarla como modelo?

El fotógrafo rió levemente y señaló una de las paredes que había permanecido en penumbra.

La fotografía mostrada era de cuatro por tres pies de tamaño y en ella aparecía la rubia. Don opinó:

—Ya no será preciso que me la imagine.

Gaby Freeman apartó la mirada del desnudo fotográfico y carraspeó.

Michael y Don cambiaron una mirada de picardía. Al salir a la tienda, Don dijo a la rubia:

—Eres muy bonita y puedo decirlo sin temor a equivocarme.

La fémima, muy segura de sí, replicó insinuante:

—A veces es conveniente comprobar al natural ciertas fotografías; pueden inducir a engaño.

## CAPÍTULO VII

—Esta vez parece que vamos algo lejos —opinó Gaby, tras comprobar en el cuentamillas que habían recorrido ciento cincuenta por la carretera del Oeste.

—Sólo deben de faltar unas cincuenta millas —observó Don Slatery, que conducía el sedán «Mercury».

—¿Es que hemos iniciado el periplo a los Estados Unidos o acaso participamos en algún *rally* que yo desconozco? —interrogó la mujer con sarcasmo.

Advertida por Don de que podía pasar frío, vestía unos pantalones gruesos de lana azul eléctrico y un chaquetón de piel de zorro blanco estilo «Montgomery» con capucha que llevaba puesta.

—Fíjate, pronto entraremos en zona nevada.

—Si la nieve no está teñida de negro o de verde es que hemos escapado a la polución de la gran ciudad. Por lo menos respiraremos aire puro.

—Rodamos hacia un lugar residencial de montaña donde tienen sus refugios los ricachos de Chicago y también algunos de Detroit.

A Gaby Freeman le pareció que lo de «refugio» era una simple palabra.

Ya con cadenas en las ruedas, continuaron rodando sobre la nieve.

Los *cottages* que quedaban a su vista, cada uno con su gran parcela de terreno más o menos ajardinado y con pequeños bosques particulares, eran auténticas mansiones, la mayoría de ellas con planta y piso.

—No me digas que tienes un nido en este lugar.

—Me sigues pareciendo muy irónica, Gaby Freeman. Mis clientes suelen ser desesperados y ninguno me paga lo suficiente como para poder comprarme un hotelito de este calibre.

Don manejó el volante de forma que se enfrentó con la verja que

cerraba una tela metálica que circundaba toda la gran parcela en cuyo centro estaba el hotelito al que pensaba dirigirse.

—No hace mucho que han venido por aquí —observó Slatery.

—¿Por qué?

—La nieve ha sido apartada en todo el pavimento por donde debe de rodar un coche para llegar al *cottage* y hay huellas recientes.

Detenido frente a la verja, Slatery tocó el claxon con insistencia.

—No habrá nadie —dijo Gaby.

—Opino lo contrario. Por la chimenea sale un ligerísimo humo. Eso es que hace horas que la han encendido y ahora se consumen las brasas de los grandes troncos sin apenas producir humo.

Ante la insistencia de Don, al fin se abrió la puerta.

Apareció una mujer morena, joven, pues no llegaría a los veinticinco años. Vestía pantalones de pana sintética carmesí y grueso jersey amarillo.

—¿Qué desean? —preguntó a voz en grito sin abrir la reja.

—Tengo que hablar con míster Ferguson.

—¿Míster Ferguson? —repitió la mujer morena escrutando el rostro de Slatery que asomaba por el hueco de la ventanilla cuyo cristal se había bajado automáticamente.

—Sí, abra la verja.

—Lo lamento, pero míster Ferguson no está aquí. Han hecho un viaje en vano.

Slatery exclamó con aparente sinceridad:

—¡Qué mala suerte! Por favor, déjenos pasar. A mi esposa se le han congelado los pies y está encinta de cinco meses.

Al oír aquellas palabras, Gaby abrió tanto los ojos que casi los desorbitó. La morena vaciló, dubitativa.

—Es que...

—Si está usted sola no tema, no somos peligrosos, Estaremos un par o tres de horas hasta que mi esposa se recupere. Tomaremos una copa de *bourbon* y luego regresaremos a Chicago.

—Hay un parador en...

Don no la dejó continuar.

—Mi coche no funciona bien. Mientras mi esposa se repone yo lo arreglo.

Al fin, la joven de los pantalones carmesí se decidió a franquear

la verja.

El «Mercury» no se detuvo hasta hallarse frente a la escalinata que daba acceso al *cottage*.

—Yo no estoy embarazada —protestó Gaby Freeman en voz baja.

—Y tampoco eres mi mujer —replicó Don—. Vamos, corre hacia la casa antes de que se dé cuenta del engaño.

—¿Y si llama a la policía?

—No creo que le interese hacerlo. Vamos, aprisa.

Don penetró en el hotelito de dos plantas, amplio y lujoso.

—Esto es muy confortable. Hay que tener mucho dinero para mantener este tren de vida.

—¿Cómo se siente su esposa? —preguntó la mujer de Ferguson.

—Perfectamente y no es mi esposa —aclaró Don.

—¿Cómo?

—Disculpe el engaño. Sólo quería hablar con Ferguson, y permanecer bloqueado en la nieve resultaba incómodo. Además, se está haciendo de noche.

—¡Es un cínico! —Se enfadó la mujer—. Llamaré a la policía inmediatamente.

Don se acercó al hogar, donde, como había supuesto, se consumían grandes brasas, resto de troncos allí quemados.

—Hágalo, pero la señorita Freeman es inspector de la compañía de seguros Custody Corporation y no creo que a Ferguson le agrade tener pleitos con su aseguradora, de modo que díglele que baje; hemos de hablar.

—¡Mi marido no está! —insistió la morena.

—No te molestes más, Maggie —dijo una voz gruesa desde lo alto de la escalera que conducía a los dormitorios.

Un hombre maduro, embutido en una bata color verde les miraba. Don le habló directamente.

—No me gusta perder el tiempo. De un momento a otro comenzará a nevar. Éste es un paraje maravilloso, pero muy frío también. No me gustaría quedarme bloqueado por la nieve, no me he traído los esquís.

Ferguson respiró hondo.

Su esposa, excesivamente joven para él, apretó las mandíbulas sintiéndose violenta.

Gaby había tomado asiento en una butaca cerca del fuego.

—Debí hacer caso al guarda y comprar dos o tres mastines que me librarán de los intrusos.

—Pobres mastines, señor Ferguson. Mucho tiempo solos aquí y se morirían de aburrimiento —volvió su rostro hacia Maggie—. ¿Usan mucho este hotelito o sólo sirve para mantener el nivel social?

—John, díles a nuestros visitantes que abrevien. Queremos estar solos, tenemos derecho a un descanso.

—Ya lo ha oído... ¿Cómo dijo que se llamaba?

—Creí que no olvidaría mi nombre, míster Ferguson.

—Slatery, ¿no es cierto?

—Bien. ¿No me sirve su esposa un *bourbon*?

—Presume usted de aplomo, ¿verdad?

—Lo justo, como usted, que sí sabía cómo me llamo.

—Míster Ferguson, es mejor que colabore con nosotros —intervino Gaby Freeman sin levantarse de su butaca—. Han tratado de asesinarlos y desearíamos aclarar que...

—¿Que yo no tengo nada que ver con el intento de homicidio? —preguntó el financiero con rebuscada ironía, sentándose en el amplio sofá.

Gaby observó a Maggie, quien estaba dulcificando su actitud por momentos. Ya no era agresiva con Don, e incluso le tendió la copa pedida.

—Un buen *bourbon* —saboreó Slatery—. A tal casa, tal bebida. Hay muchos que no saben compaginar ambas cosas.

—¿Y nada más? —preguntó Gaby, mordaz.

—Ah, sí, claro. No quería ser demasiado incisivo, pero también, a tal *bourbon*, tal mujer. Es usted un hombre de buen gusto, míster Ferguson. Tiene una esposa tan joven como bella.

La propia Maggie preguntó:

—¿Es usted de los que creen que una mujer joven no se puede enamorar de un hombre maduro?

—Yo sí lo creo, en especial si el hombre maduro es rico.

—¿Es usted un...!

—¿Insolente?

—Sí.

—Es lo más suave que me han soltado hasta ahora cuando he

dicho lo que pienso. ¿Verdad, Gaby?

Gaby Freeman sonrió forzosamente, mostrando los dientes. De haber colocado un lápiz entre la doble hilera de piezas, se habría partido con suma facilidad.

—Deje de ser mordaz, Slatery, y hable claro. ¿Qué quiere de mí la compañía de seguros? La investigación debe de realizarla en el lugar del siniestro, no siguiendo mis pasos. He delegado el asunto del cobro de la indemnización pertinente en manos de mis abogados.

—Una medida oportuna, míster Ferguson, oportuna para que no se le moleste. Por cierto, me ha costado averiguar que estaba aquí. En su casa de Chicago sólo me han dicho que se había ido de viaje.

—¿Y cómo ha indagado mi paradero?

—Pequeños trucos de un investigador privado; carece de importancia. Nosotros averiguamos muchas cosas porque sabemos dónde preguntar y la mano que hay que enjabonar.

—Bien, allá usted con sus trucos y engaños. Vaya al grano, Slatery.

Don se movió por la estancia con el vaso de *bourbon* en la mano. Se detuvo entre las dos mujeres, dándose cuenta de, que ambas tenían sus pupilas fijas en él.

—¿No me pregunta qué más he averiguado?

Indiferente, pero receloso en el fondo, Ferguson contestó con otra pregunta:

—¿Acaso debe de interesarme?

—Yo creo que sí. Ya le dije que éste es un asunto grave. Incendio provocado, intento de estafa a la compañía de seguros y, lo que es peor, homicidio.

—No me asusta, Slatery. Puede soltar las calumnias que guste, pero en cuanto se pase de la raya será usted quién se vea en la corte.

—Hablemos claro, míster Ferguson, le conviene.

El financiero se encogió de hombros.

—Si usted lo dice...

—John, si nos molestan podemos echarlos. Han entrado en la casa con engaños —dijo Maggie, mirando retadoramente al hombre.

Don conocía aquel reto femenino. En el fondo era un deseo de provocar pelea para obtener el placer de ser vencida.

—Ya sabe que la policía está esperando que cometa usted un error, míster Ferguson.

—Siempre que deben de pagar una indemnización elevada, las compañías de seguros ponen el grito en el cielo y ven fantasmas por todas partes; por eso he supuesto que solicitarían una investigación oficial, pero a mí me importa poco eso.

—Míster Ferguson, le conozco poco, pero no le tengo por un homicida.

—Viniendo de usted, eso puede significar un halago, ¿no?

Don se encogió de hombros.

—Sin embargo, sí le tengo por un estúpido.

—Se está pasando de la raya; tendré que echarlo de mi casa.

Por encima del vaso, Don sonrió y terminó sentándose en el brazo de la butaca en que se hallaba Gaby Freeman. Ésta no se apartó y sí miró con una ligera sonrisa de triunfo a Maggie.

—Ha escuchado los cantos de sirena y navega hacia su total destrucción. Si la policía le atrapa y puede acusarle de complicidad, va a pasar muchos años en la cárcel, y su joven esposa no creo que sea de las que se marchitan por permanecer quietas.

—¿Siempre ve el porvenir tan sombrío? —interpeló la propia Maggie.

—A mí me interesa más el que emite el canto de sirena que el imbécil que lo ha captado. Usted sólo es una partida para ese hombre, Ferguson; le está haciendo el juego.

—No quiero escucharle —gruñó el financiero.

—Cuando atrape a ese tipo caerán otros como usted. Seis, siete, quizá ocho. Los que creen que su negocio les ha salido bien vivirán siempre en la duda de que un día la tapadera puede levantarse y todo quedará al descubierto. Esta vez, la cosa es más seria. Hay un homicidio de por medio y, además, tengo una pista que estoy siguiendo.

—¿Una pista? Bah, se está marcando un farol —siguió gruñendo Ferguson.

—Si usted colabora declarando espontáneamente cuando llegue a la corte, tendrá muchos atenuantes y un buen abogado puede eximirle de su complicidad en la muerte del vigilante.

—No tengo nada que confesar.

—Don, mira cómo nieva —observó Gaby, señalando hacia la

ventana.

—Mala suerte. Parece que no podremos marcharnos pronto.

—No pensará que voy a dejarle pasar la noche en mi casa, ¿verdad? —masculló Ferguson.

—Ese problema ya lo resolveremos más tarde. No pienso abusar de su hospitalidad —dijo, con sorna.

Nerviosamente, Ferguson se sirvió un triple de *bourbon* y a punto estuvo de derramar la bebida bajo la mirada fustigante de la morena.

—Todos están esperando que desembolse usted una fuerte cantidad para pagar a sus cómplices.

—Aún no ha cobrado la indemnización —replicó Maggie.

—Sí, cuando cobre será muy vigilado por la policía, pero yo he preferido mirar hacia atrás. Usted ya sacó del Banco fuertes sumas de dinero.

—En ocasiones, un financiero debe de pagar facturas elevadas —rebatíó Ferguson.

—¿Facturas de cien mil dólares?

—No estará pensando pasarme cuentas, ¿verdad?

—Míster Ferguson, soy de la opinión de que usted se dejó convencer por esos pirómanos. Les pagó una parte y luego habrá de darles la otra en la forma que le indiquen. Ignoro a cuánto asciende lo que debe de pagarles por el trabajo.

—Puedo justificar todo lo que he pagado con anterioridad.

—Es usted listo, Ferguson. Puede añadir cifras a todo lo pagado y se termina por completar cantidades. Por cierto, ¿cuánto le dio a Katoe?

—¿Katoe?

Ferguson palideció visiblemente.

—Sí, el brujo masai, un tipo singular e impetuoso. Practica el vudú y hace creer a unos cuantos en la magia negra africana. Se celebran reuniones, se invita a unos amigos y se queda como un *snob* de primera fila, pero a la vez se certifican gastos. Insisto: ¿cuánto le pagó a Katoe?

—¿Qué tiene que ver un espectáculo privado con lo que estamos hablando?

—Es que Katoe es mi pista, míster Ferguson, y ese brujo hechicero va a traerle muy mala suerte. Terminará conduciéndome

a la verdad y entonces entregaré a la policía todas las pruebas y testimonios. Comprobará que siempre que se escucha el canto de las sirenas termina uno estrellándose; sólo es cuestión de tiempo. Cuando más tranquilo se está, sobreviene la catástrofe.

Ferguson rió, pero lo hizo tan forzosamente que nadie se contagió de su hilaridad.

—Maggie, querida, prepara a nuestros visitantes algo para comer. Nieva de una forma que preveo tardarán algunas horas en marcharse, quizá pasen aquí toda la noche.

Don Slatery desvió su mirada hacia la nieve, que caía en copos abundantes, y tuvo el presentimiento de que algo desagradable iba a ocurrir.

No temió por él, pero sí por Gaby, y lamentó haberla arrastrado a aquella aventura.

Era consciente de que se había convertido en cebo para que las fieras cerraran sus fauces en torno a su cuerpo, atrapándolas de este modo.

Era un juego peligroso en el que lamentaba haber mezclado a Gaby, y ahora comenzaba a sufrir por ella. ¿Vivirían al día siguiente?

—Parece preocupado, Slatery.

La pregunta había partido de Ferguson, quien mostraba una sonrisa ladina.

—¿Preocupado? Oh, no, creo que para mi aún no ha llegado el momento de morir.

## CAPÍTULO VIII

Don Slatery abrió los ojos y todo dio vueltas a su alrededor.

Sintió unas profundas náuseas y se incorporó moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¡Ferguson! —gritó, furioso.

No obtuvo respuesta.

Se hallaba en el *cottage* de Ferguson, lujoso, moderno y muy confortable. Las brasas se habían apagado y una lámpara daba al gran salón una luz tenue, agradable en cierto modo. Afuera, una noche negra y cerrada.

Descubrió a Gaby tendida en el sofá. Respiraba profundamente.

—¡Vamos, despierta, despierta!

Pese a ser abofeteada, la joven no despertó.

Don Slatery buscó un lavabo. Se remojó la cabeza y tras despejarse regresó al salón. Sus pies estaban más firmes, pero no todo lo habitual en él.

—¡Ferguson!

De nuevo, el silencio como respuesta.

Subió la escalera y revisó las tres habitaciones y los dos cuartos de baño que componían el piso. Allí no había nadie. Las ropas del lecho estaban en desorden y los armarios vacíos.

Bajó al salón nuevamente. Abrió una puerta y pasó a la cocina. Luego otra y quedó en el garaje.

Su fino olfato captó el olor del aceite y la gasolina expelida en el momento del arranque. Posiblemente, Ferguson era uno de los conductores que pisaban el acelerador a fondo y luego soltaban el freno, saliendo prácticamente disparados hacia delante.

Salió de la casa.

El viento era gélido y ululante. Había cesado de nevar, pero en el suelo habría sus cuarenta centímetros de nieve.

Notando el viento helado a través de sus ropas, se acercó al

«Mercury», que se hallaba rodeado de nieve por todas partes, incluso en el techo. Sobre el capó, el calor del motor había ido licuando la nieve y la capa era muy delgada.

Resultaría muy difícil sacar el coche de aquel bloqueo de nieve en polvo pese a las cadenas, pensó Slatery.

Apartó nieve para comprobar lo que costaría sacar el auto y observó con desagrado que la rueda delantera derecha estaba deshinchada.

Pensó en la rueda de recambio, pero pronto lanzó una maldición contra Ferguson y su bella esposa que habría hecho sonrojar a un estibador portuario. Habían deshinchado las cuatro ruedas del «Mercury».

Viéndose imposibilitado para reparar el coche y ansioso de escapar al frío intenso de la noche, regresó al interior de la casa.

Gaby seguía durmiendo.

Se acercó al refrigerador y sacó cubitos de hielo. Los envolvió en un trapo y preparó una compresa fría que aplicó en la cabeza de Gaby hasta que consiguió despertarla.

—¿Qué pasa, qué hora es?

Don miró su reloj.

—Las cuatro de la madrugada. Ha cesado de nevar, pero hay mucha nieve y hace un frío intenso y viento casi huracanado. ¿Sirve como parte meteorológico?

—¿Las cuatro de la madrugada? ¿Dónde estoy?

—En el lujoso *cottage* de un sinvergüenza que va a lamentar lo que ha hecho.

Todavía desconcertada y poco dueña de sus pensamientos, Gaby preguntó:

—¿Y qué es lo que ha hecho?

—Nos han narcotizado. Ignoro qué clase de basura han empleado y si la han puesto en los *sandwiches* o bebidas, pero nos han dejado dormidos y se han largado.

Gaby parpadeó, abanicando el aire con sus largas pestañas.

—¿Y por qué se han ido?

Don apretó con más fuerza la compresa de hielo sobre la frente femenina para despejarla rápidamente.

—Se han escapado por miedo, ya no hay duda alguna. Ferguson es culpable, es decir, cómplice. Es incapaz de pegarle fuego a su

empresa y esos pirómanos y compañía han trabajado por él. Posiblemente, ellos le propusieron el trato. Si Ferguson hubiera sido un asesino nato nos habría liquidado a los dos mientras dormíamos narcotizados. Él y su Maggie han tenido miedo y han escapado. Demos gracias a Dios porque no han sido capaces de eliminarnos para ahorrarse problemas. Quizá han pensado que alguien más sabría que estábamos aquí y luego podrían imputarles los crímenes. Ferguson le teme mucho a la horca, no quiere asesinatos; seguro que estará maldiciendo a esos pirómanos por la muerte del sereno.

—Si han huido de aquí dejándonos dormidos es que son culpables, y eso les perjudica —dijo Gaby incorporándose, quitándose ya la compresa de hielo.

—En estos momentos estarán explicando a los pirómanos lo que ocurre y les exigirán que les saquen de dificultades. Todo son suposiciones, pero me temo que me acerco a la verdad.

—Vaya con Ferguson, está perdido. Ahora ya no cobrará su prima. Haber narcotizado a una inspectora de la compañía de siniestros como soy no le perjudicará en cualquier corte y tendrá que responder a demasiadas preguntas.

—Eso mismo opino yo.

—Debemos de marcharnos pronto de aquí y avisar a míster Sullivan. Lo sucedido no va a gustarle.

—El coche está deshinchado.

—¿Lo han hecho ellos?

—Sí —asintió Don—. Seguramente no querrían que les siguiéramos de cerca. Ya veremos cómo termina todo.

—¿Y llamar por teléfono?

Don descolgó el auricular. Golpeó varias veces en el dispositivo de llamada y colgó nuevamente.

—La línea está cortada. Posiblemente ha sido Ferguson antes de largarse. Ha preferido dejarnos incomunicados.

—Yo no tengo bomba en mi coche.

—Lo suponía. Miraré en el garaje, a ver, si Ferguson tiene una bomba por ahí. Mientras, a ver si preparas algo que no esté drogado.

Tras rebuscar en el garaje, encontró una bomba. Comprobó que estuviera en buen estado y regresó al interior de la casa con ella en la mano.

—Al parecer, míster Ferguson se ha descuidado esto.

—Menos mal. Comenzaba a preocuparme al pensar que íbamos a quedarnos aquí, bloqueados por la nieve. ¿Vas a hinchar las ruedas ahora?

Don Slatery sonrió, dejándose caer en el sofá cerca de la mujer.

—Ya no tiene objeto correr. Cuando salga el sol, hincharé las ruedas. Esperemos que se derrita algo la nieve o pase un quitanieves por la carretera.

Encendieron de nuevo el hogar con abundancia de troncos y un calor revitalizador les envolvió.

Se sentaron en la mullida alfombra frente a las llamas. Sus miradas se encontraron y, poco después, sus labios se unían.

Aún faltaban algunas horas para que el sol saliera.

Gaby quiso apartarse, pero la mano del hombre se cerró en torno a su brazo, atrayéndola de nuevo.

—Hace mucho calor —opinó la mujer.

Don la empujó suavemente y la espalda femenina entró en contacto con el pelaje de la alfombra. Después, Gaby no supo si es que el hombre tenía una voluntad muy superior a la suya, si es que aún conservaba parte del efecto del narcótico o es que se había enamorado de aquel investigador, cien por cien masculino y con una fuerte dosis de cinismo; pero dejó que sus labios fueran besados con ardor.

La nieve quedó atrás. No sin esfuerzos, habían logrado escapar al bloqueo.

Gaby Freeman tenía el rostro sonrosado y una amplia sonrisa en sus labios. Estaba cerca del hombre y se apretó un poco más a él, como queriendo buscar calor frente a la helada exterior.

—Llamaremos de inmediato a Eddie Sullivan.

—Tengo la impresión de que se pondrán en contacto con nosotros antes de que hablemos con Sullivan. Ahora hay que permanecer atentos, no sea cosa que nos den otro disgusto como el del cóctel «Molotov» que lanzaron a mí «Porsche».

De súbito, escucharon el ulular de una sirena. Gaby volvió la cabeza para observar.

—Parece que un agente motorizado nos persigue.

—¿Habré infringido el código de circulación?

—No has corrido mucho.

El agente de policía, con los ojos protegidos por las gafas y la cabeza por el casco, les rebasó por la izquierda. Se les cruzó con su potente motocicleta, obligándoles a detenerse.

Los neumáticos ya hinchados del «Mercury» chirriaron al frenar en el arcén de la carretera mientras otros automóviles proseguían su ruta, mirándoles con cierta sonrisa de suficiencia al pensar que ellos sí escapaban a la multa del agente de tráfico.

El motorista, tras abandonar su máquina, se quitó los guantes mientras se les acercaba.

Saludó cortés, pero grave. A Gaby no le gustaron las gafas oscuras que llevaba el agente y que impedían ver sus pupilas.

—¿Qué sucede, agente, he rebasado el límite de velocidad? —preguntó Don, agregando—: Si quiere hacerme la prueba del alcohol va a salirle negativa y ambos perderemos el tiempo.

—¿Es usted Don Slatery?

—Sí.

—El coche es mío —puntualizó Gaby.

El policía asintió con la cabeza y luego dijo:

—Tiene una llamada urgente, señor Slatery.

—¿Una llamada urgente? ¿Del tío Sam, acaso? —preguntó, socarrón.

—Su madre se está muriendo, señor Slatery. He recibido el aviso de proporcionarle a usted este número de teléfono para que llame en la primera cabina que encuentre. Por cierto, a unas dos millas de aquí encontrará una gasolinera, y tiene teléfono público.

—Muchas gracias, agente. Llamaré de inmediato.

El policía saludó llevándose ligeramente la mano al casco.

—Buenos días, señor Slatery, y que no sea nada grave.

—Gracias.

El agente tomó su motocicleta y dando media vuelta en la carretera desapareció tal como llegara.

—Oh, Don, lo siento.

—¿Qué es lo, que sientes?

—Lo de la gravedad de tu madre.

—Si yo no tengo madre, cariño.

—¿Cómo?

—Y si la hubiera tenido, ¿cómo iba a saber que yo estaba en esta carretera viajando en un sedán «Mercury» que no me pertenece y

con la matrícula que lleva?

—No entiendo nada.

—Es sencillo. Ferguson o los pirómanos quieren entrar en contacto conmigo, y a buen seguro tratarán de sobornarme. Conozco a esa clase de tipos, pero he de reconocer que utilizar a la mismísima policía para sus fines denota mucha temeridad y suficiencia por su parte.

—¿Ese agente no sería uno de ellos? —preguntó Gaby, señalando con el pulgar hacia atrás.

—No. Uno de los motoristas ya ha muerto, al otro le vi la cara y lo reconocería, y el tercero creo que es ese extraño fantoche llamado Katoe. Ellos han soltado al servicio de vigilancia en carretera el cuentecito de la madre enferma que es lacrimógeno y siempre da buen resultado. La policía, además de poner multas, pasa avisos de este tipo y me lo han entregado. Después de todo, Ferguson, tras su huida, sabía que en un momento u otro nosotros regresaríamos a la ciudad.

En la gasolinera, mientras recargaban el tanque de combustible, Don llamó al número de teléfono que le habían proporcionado. Gaby permaneció en el sedán.

—¿Diga?

Tras escuchar una voz de hombre que inútilmente trató de reconocer, Don preguntó irónico:

—¿Es ahí donde tienen a mi mamita enferma?

—Oiga, Slatery —comenzó a decirle una voz que Don notó deformada.

Hablaba despacio, era muy gutural y posiblemente tendía un filtro de ropa sobre el micro del teléfono.

—Tengo algo bueno para usted.

—Una enfermedad no es nada bueno. ¿Con quién hablo?

—No haga demasiadas preguntas, Slatery. Si se olvida de todo, puede salir beneficiado.

—¿En qué forma?

—¿Cuánto le ofrece Sullivan?

Don respondió con otra pregunta.

—¿Importa eso?

—De acuerdo, no lo diga. Yo le ofrezco cien billetes de los grandes si se olvida de todo y le dice a Sullivan que no hay manera

de demostrar que el siniestro fue provocado.

—De modo que Ferguson se ha puesto en contacto con ustedes, ¿eh?

—Cien mil, Slatery —recalcó—. Si le interesa, diríjase a la estación marítima y tome el *ferry* de las siete de la tarde que se dirige al Canadá.

—¿He de buscar a alguien?

—No, le buscarán a usted; pero si acepta el dinero y luego habla, le prometo la mejor corona de flores para su entierro.

Al otro lado del hilo, el teléfono fue colgado, cortándose la comunicación.

## CAPÍTULO IX

—Era mejor que no vinieras —gruñó Don Slatery, dirigiéndose a la pasarela del *ferry* que a través del lago Michigan unía Estados Unidos con el Canadá.

—¿No exigiste que te acompañara? Pues te acompaño.

—Me estoy temiendo que voy a caer en tus manos, Gaby. Es una buena táctica la de dejarse vencer para terminar ganando. Buena lección nos han dado a los yanquis «mascachicle» los «comesalchichas» y los «bebesake»; nos han devaluado el dólar.

En el *ferry* había mucha gente, aunque quizá sólo la mitad de ella se dirigía al Canadá. San Ignacio era final de navegación, y después el *ferry* hacia la ruta a la inversa, regresando a Chicago. La otra mitad se iría quedando en Holland y Muskegon City, escalas que la nave realizaba todavía en territorio de Estados Unidos.

El paquebote recogió la pasarela y lanzó los tres últimos sirenazos de alerta.

Lentamente, el casco de acero del buque correo se fue apartando de los muelles. La ciudad había encendido ya sus luces y el reflejo de éstas brillaba sobre las aguas negras de un lago que la industrialización había matado.

Junto a la baranda de cubierta, Gaby se dio unos toques de maquillaje en el rostro para evitar que el frío húmedo del lago perjudicara su epidermis. A través del espejito descubrió unos ojos que la observaban.

Disimuladamente, advirtió a Don:

—Un negro nos vigila.

—¿Dónde?

—Tras de mí, cerca de la puerta del bar.

Cuando Don quiso verle, el hombre de color ya no estaba.

—El palomo ha volado —comentó Don.

—Si hace un momento estaba ahí —se asombró Gaby.

—Ese sujeto puede ser el brujo masai.

—¿Será él quien venga a pagarte los cien mil dólares?

—Me inclino más a pensar que él es el verdugo encargado de enviarme al infierno.

—Don, no digas eso.

—¿Acaso trae mala suerte? —ironizó.

—Tienes una frialdad en las venas que me asusta.

—¿Frialdad en las venas, querida? ¿Seguro que tú puedes asegurar tal cosa?

El rubor coloreó ligeramente las mejillas femeninas, rubor que el maquillaje y la escasez de luz disimularon.

—Ellos pueden pensar que te dejas sobornar.

—Si son habituales del crimen saben que la mejor forma de sobornar a alguien es enviarlo a la tumba. El que cobra no siempre se mantiene callado; por eso no quería que vinieras tú. Ahora vamos al bar.

—No deseo tomar nada.

—Es bueno que te sientes en el bar. Yo tengo que buscar a Katoe si es él quien supongo está en el *ferry*. No puedo dejarte sola aquí en cubierta. Ese masai es muy fuerte y le costaría muy poco hacerte saltar por la borda. Las aguas negras del lago te engullirían y cuando quisieras pedir socorro, el barco ya se habría alejado demasiado. Eso si no te propinaba un golpe para que perdieras el conocimiento.

—Don —dijo Gaby, con sinceridad—, antes creía que la vida de un inspector de siniestros en una compañía de seguros era agitada, pero después de permanecer unas horas a tu lado creo que era un lecho de rosas.

Don la acompañó hasta el bar. La dejó sentada en uno de los altos taburetes y tras darle un beso en la mejilla se alejó en busca de Katoe.

Vio a algunos hombres de color, pero no reconoció al masai en ninguno de ellos.

De pronto, lo descubrió. Estaba algo lejos y se hallaba junto a una puerta que conducía al interior de la nave.

Corrió hacia la puerta. Al doblar por ella tuvo cuidado para no ser sorprendido, mas allí ya no estaba Katoe.

Frente al investigador descendían unas escaleras metálicas que

le condujeron a la bodega, donde más de cien coches estaban alineados en tres filas. Una a popa, otra a babor y la tercera en el centro.

Los autos habían sido fijados al suelo con tacos de madera y caucho que mediante unos espigones se clavaban en el piso. De esta forma, los automóviles no podían avanzar ni retroceder.

Cuatro luces iluminaban débilmente la amplia bodega. No había nadie allí y el negro Katoe no aparecía por parte alguna.

«¿Irá armado ese tipo?», se preguntó Don, receloso.

Se internó entre los coches cuando la tapa de un maletero se abrió bruscamente, produciendo un ruido.

Don vio el coche de lejos. Era un «Pontiac» negro con amplia cajuela.

—¡Katoe, sé que estás ahí! ¿Te han enviado para que me pagues?

Como respuesta, Don Slatery obtuvo un nada tranquilizador silencio.

Lentamente, avanzó hacia el «Pontiac» cuyo maletero estaba abierto.

Don sabía bien lo que iba a ocurrir, pero debía cazar a Katoe si quería llegar hasta el verdadero cerebro de la banda de pirómanos.

Ya no se trataba de solucionar el problema del siniestro de la empresa de Ferguson, sino que, atrapando a los pirómanos, la Custody Corporation recuperaría todo el dinero pagado por los incendios provocados y una pandilla de granujas que se habían beneficiado de dichos siniestros iría a la cárcel.

Cuando le faltaban dos automóviles para llegar al «Pontiac» saltó hacia él una figura felina. Era como una pantera agazapada esperando a su presa.

El mismo brujo del espectáculo del Black África estaba frente a él en actitud agresiva, ya que Don había escapado por grandes reflejos a la primera embestida de su atacante, que llevaba por delante una navaja con la hoja desnuda.

Aquella hoja de brillante acero, larga, aguda y muy estrecha, apenas tenía un quinto de pulgada. Más parecía un punzón de picar hielo que un cuchillo.

Katoe vestía un jersey de cuello alto color bronce oscuro como su misma piel y encima de un anorak negro que medio ocultaba el

valioso y raro collar de colmillos de leopardo, del que no deseaba separarse.

—Has cometido una estupidez, Slatery —silabeó Katoe con una sonrisa triunfal en sus gruesos labios—. Te voy a pinchar y luego te encerraré en el maletero. Tu cadáver aparecerá en el Canadá.

—Todavía no estoy muerto —recordó Don, saltando hacia la derecha para escapar a un nuevo ataque de aquel objeto punzante y letal.

—No escaparás, has tirado demasiado del ovillo.

—¿Quién es tu jefe, Katoe?

El negro sonrió más ampliamente.

—Te irás al infierno sin saberlo, sabueso aficionado.

Don Slatery quedó encajonado entre dos coches cuando Katoe le lanzó lo que casi hubiera podido denominarse estocada, teniendo en cuenta lo estrecha y puntiaguda que era su arma. No le acertó, aunque sí rozó su chaqueta.

Don brincó sobre el capó de uno de los coches y de éste saltó a otro. Luego, al techo, y desde allí observó a Katoe, que torció el gesto al comprobar que la agilidad del investigador privado era muy superior a la prevista.

—¡No escaparás!

El masai trató de coserle las piernas, pero Don saltó cada vez que el acero pasaba junto a él y aprovechó para propinarle un puntapié en la frente que lanzó al negro hacia atrás.

Don trató de saltar sobre Katoe pese a saber a lo que se exponía. El hombre de color era muy fuerte y elástico y manejaba las armas blancas como si no hubiera hecho otra cosa en toda su vida.

En una fracción de segundo, Don dobló todo su cuerpo y junto a su costado pasó la punta de la navaja. Fue impulsada con tanta fuerza que se clavó en la plancha del automóvil que estaba allí.

Como costaba algo más de dos segundos a Katoe recuperar su arma, Don le golpeó la mano y luego el mentón, pero el brujo masai reaccionó golpeándole a su vez en el cuello con tanta fuerza que le quitó la respiración, estando a punto de partirle la nuez.

Después, Katoe echó a correr hacia las escaleras que subían a cubierta.

Don, recuperándose, fue tras él. Trató de cogerle un tobillo en la escalera, pero recibió un puntapié en la cabeza que lo proyectó

hacia atrás. No le causó mayor daño porque Katoe calzaba una especie de mocasines muy mullidos que impedían que el ruido de sus pasos le delatase.

Katoe consiguió salir a cubierta. Don le persiguió y vio cómo el negro, ya desarmado, corría hacia el bar.

Allí se encontró con las pupilas angustiadas de Gaby Freeman.

El negro no lo dudó un instante. Se abalanzó sobre la fémina, agarrándola entre sus poderosos brazos, y se la llevó en volandas.

—¡Socorro! —gritó la joven.

Ante la sorpresa y estupefacción de todos, Katoe había cruzado el bar, entrando por la puerta de estribor, y había salido por la de babor. Don hizo lo propio, mas se detuvo en el umbral al observar que el masai había alzado a la sorprendida y asustada Gaby por encima de su cabeza, como si careciera de peso, y se hallaba pegado a la baranda.

—Si te acercas, ella desaparece.

El espectáculo fue terrorífico, en especial para las mujeres, dos de las cuales chillaron de forma espeluznante al ver al gigante negro con la mujer rubia encima de su cabeza, dispuesto a arrojarla a las negras aguas del lago.

—¡Hombre al agua! —gritó Slatery, a pleno pulmón.

—¡Don, no quiero morir! —chilló Gaby.

Slatery se lanzó hacia Katoe, golpeándole con furia en estómago e hígado.

De nuevo se produjeron gritos al ver cómo Gaby desaparecía en el lago.

La furia con que Don arremetió puso fuera de combate a Katoe, que intentó saltar por la borda para llegar a nado a la costa, de la que no se hallaban muy alejados, pues el *ferry* no se apartaba demasiado de ella en su navegación rumbo norte.

El barco se detuvo y de inmediato fueron lanzados salvavidas al agua.

Cuando Slatery, emulando las embestidas de los búfalos, hubo derribado a Katoe sobre la cubierta, se quitó la chaqueta y se lanzó por la borda en busca de Gaby Freeman. Las aguas del lago lo engulleron con rapidez.

## CAPÍTULO X

En pocas horas, John Ferguson había perdido varios kilos de peso. La bella Maggie le observaba preocupada.

—Tú dijiste que todo saldría bien.

Ferguson volcó parte de su cólera en la joven morena.

—Cállate y vete al diablo si no quieres ver a Satanás con cardenales en tu precioso cuerpo.

—¡Quiero dinero! —exigió ella.

—Vende las joyas que te he regalado y lo tendrás. Ahora no puedo darte nada.

Era obvio que Ferguson sufría una crisis de pánico ante el desarrollo de los acontecimientos.

De pronto, el teléfono sonó estridente, casi insultante. El hombre notó como si una descarga de doscientos veinte mil voltios recorriera su cuerpo.

—Vamos, coge el auricular. ¿A qué esperas? ¿Es que no puedes despegar el trasero de la butaca?

El teléfono insistió con sus largos timbrazos. Ferguson lo descolgó, preguntando:

—¿Quién es?

—Ferguson, tome el primer avión que salga para el Brasil.

El financiero reconoció aquella voz que le hablaba a través del hilo y trémulo de miedo y de ira reprochó:

—¡Usted dijo que todo saldría bien!

—Lo siento, ha fallado. Slatery conseguirá que no se le pague la indemnización. Si hubiera aguantado bien y no se le hubiese ocurrido la idiotez de narcotizarlos a él y a la chica, ahora no lo perderíamos todo.

—¡No puedo dar nada por perdido! Mi empresa era toda mi fortuna y mi capital líquido se lo di a usted como parte del pago a través de su brujo negro. Ahora sólo me quedan deudas. Si no cobro

es la ruina total —farfulló, desesperado.

—Lo siento. En los negocios, a veces se gana y a veces se pierde —dijo la voz deformada al otro lado de la línea—. Coja un billete para el país más lejano que pueda y váyase antes de que lo atrapen. Suerte.

—¡Eh, espere, no puede dejarme en la estacada! —chilló Ferguson.

Su repiqueteo en la horquilla del teléfono no sirvió de nada; habían colgado.

Con el auricular en la mano, Ferguson sintió como si se hubiera quedado sin sangre; todo lo contrario que le estaba sucediendo a Maggie.

—Con que lo has perdido todo, ¿eh?

Ferguson no respondió. Estaba lívido, era como si hasta el habla hubiera perdido.

—Te han dejado en la estacada, ¿verdad?

—Hay que largarse o resignarse a ir a la cárcel.

—Pues, ¿a qué esperamos?

Ferguson colgó el auricular y se dejó caer en el sillón como un autómeta.

—Ya estoy demasiado viejo para comenzar de nuevo.

—Pues yo soy muy joven todavía y me largo, ¿me oyes? ¡Me largo!

Maggie corrió hacia su habitación. Sacó un par de maletas que no resultaran pesadas y metió en ellas lo que consideró de más valor sin olvidar sus joyas y los tres abrigos de pieles.

—Ya te escribiré a la cárcel del condado, John.

Ferguson tenía la mirada extraviada. Se puso en pie y no dijo nada.

Antes de que Maggie llegara a la puerta, se dirigió al cuarto de aseo.

Maggie salió a la calle dispuesta a tomar un taxi. Tenía el pasaporte listo, ya que solía viajar con frecuencia, y sólo se trataba de llegar al aeropuerto y tomar el primer avión que saliera para Río de Janeiro, y si tardaba, el que la llevara a Guatemala o Australia.

—¡Taxi!

El auto se dirigió hacia la joven. Se abrió la portezuela, y cuando se disponía a penetrar en él, de su interior salió un hombre que le

sonrió con sarcasmo.

—¿De viaje, Maggie?

—¡Slatery!

La mujer quiso echar a correr, pero Slatery la sujetó por la muñeca con facilidad.

—No tan aprisa. Déjame pagar el taxi.

—¡No tienen nada contra mí! —gritó ella.

El taxista, que sintió el impulso de ayudar a la mujer, al escuchar las siguientes palabras se abstuvo de intervenir:

—Eso lo decidirá el fiscal del distrito, Maggie. ¿O debo llamarte Alice Maxwell?

—¿Eh? ¡No sé de qué me habla!

El taxista, deseoso de no verse en la corte declarando, se alejó tras cobrar la carrera.

—Estás casada en Nebraska, Alice.

—¡No es cierto!

—Tú se lo explicas al juez y ya veremos qué opina él. Te casaste a los diecisiete años con un fulano que te explotó y te enseñó el peor oficio. Luego, te escapaste, cambiaste tu nombre tras pasar por el correccional para adolescentes en Nebraska y marchaste a Nevada, donde te hiciste chica de conjunto en un club nocturno. Allí pescaste al estúpido de Ferguson, que ya se hacía viejo y quería una compañía joven.

Maggie se desinfló. Los brazos semejaron pesarle como troncos y resignándose a su suerte preguntó:

—¿Cómo lo ha averiguado?

—Un investigador privado que se precie tiene muchos contactos. Te descuidaste las huellas dactilares en el hotelito de Ferguson y las huellas viajan de una parte a otra de la nación en cuestión de minutos. Por eso he sabido que estuviste encerrada en Nebraska y que ya estabas casada.

—¿Y cuánto me caerá ahora?

—Yo no soy abogado, pero bigamia por un lado y cómplice de intento de estafa a la compañía de seguros por el otro... En fin, vas a pasarte algún tiempo a la sombra; pero no temas, no envejecerás demasiado. Tendrás tiempo para empezar una nueva vida que espero no sea como hasta ahora.

—¡Yo no soy cómplice de esa estafa a la compañía de seguros!

—protestó en mitad de la calle.

—Pero tú la conocías.

—Mi marido me lo confesó cuando ya estaba todo en marcha. Yo no podía evitarlo y no hay ninguna ley que me obligue a acusar a mi esposo.

—Me parece que eso no va a servirte. Ferguson no es tu marido. Sigues casada con Peter Brocone, de Nebraska.

De mala gana, Maggie se dejó casi empujar de regreso al interior de la casa.

Don cerró la puerta y ella soltó las maletas, dejándose caer en una butaca. Luego, alzó la mirada y preguntó:

—¿No podríamos llegar a un acuerdo entre hombre y mujer? Puedo ser muy...

—Cierra la boca, Maggie, no me interesan tus proposiciones. Por cierto, ¿dónde está Ferguson?

—Desinflado en su cuarto, seguro.

—Bien, acompáñame. No quiero dejarte sola, podría ocurrírsete escapar.

—Bueno, luego no vayas a decir que no colaboro con la ley.

—Yo no soy la ley, encanto —corrigió Dan—; sólo soy un investigador privado.

John Ferguson estaba estirado boca arriba en la cama, vestido con su bata, con los ojos abiertos y en actitud contemplativa como si practicara yoga.

—Arriba, John, la partida ha terminado —le dijo Maggie.

Sin mover su cuerpo, pero sí las pupilas, que se clavaron en Don Slatery, Ferguson repuso:

—Ha llegado tarde, Slatery. Ya nadie me meterá en la cárcel, se acabó todo.

Don parpadeó unos instantes, desconcertado. Luego observó que la puerta del cuarto de aseo estaba abierta y corrió hacia ella.

Sobre el lavabo descubrió un vaso vacío y sucio. Junto a él, un frasco de poderosos barbitúricos también vacío. No le hizo falta más.

—¡Imbécil! ¿Cree que arrancándose la vida lo soluciona todo?

Ferguson, estático en la cama, esperando la muerte, le sonrió enigmático.

—Dígame quién le propuso ese estúpido negocio de los

incendios provocados.

—Averígüelo usted mismo.

—Lo haré, pero primero usted vomitará. ¡Vamos, hágalo!

Ferguson no quería seguir viviendo y se negó a obedecer a Don. Éste le golpeó el estómago y luego trató de abrirle la boca para provocarle el vómito, pero Ferguson cerró los dientes con fuerza animal y sólo los abrió un instante para morder con saña la mano del detective.

Don le golpeó el rostro y luego llamó por teléfono.

—¿Hospital de urgencia?

—Sí, diga.

—Rápido, envíen una ambulancia. Un hombre se ha envenenado con barbitúricos. Lo tengo todavía despierto. Creo que se puede llegar a tiempo.

Mientras Don daba la dirección, Maggie había abierto un cajón del tocador y sacaba una pistola «Browning».

—¡Vamos, arriba!

Ferguson no quería obedecer, pero Don le obligó a levantarse para hacerle caminar y que la sangre circulara con fuerza por sus venas. Tema que despejarlo.

—Adiós, Slatery —le dijo Maggie cuando Don estaba ocupado en mantener despierto a Ferguson para impedir su muerte.

Slatery se vio encañonado por el arma corta, pequeña pero mortíferamente efectiva.

—Vaya, con que quieres pasarte de lista, ¿eh?

—Sólo quiero asegurarme de escapar, eso es todo.

El timbre del teléfono repiqueteó de pronto. Todos se lo quedaron mirando y Don aprovechó el descuido de Maggie para tomar una almohada y lanzársela contra la pistola.

Maggie hizo fuego y la bala cruzó la almohada, mas no hirió a nadie.

Slatery saltó sobre la chica, dejando a Ferguson desplomarse sobre la alfombra. Maggie, retorcida su mano y abofeteada con cierta dureza, perdió la pistola en manos de Don, que la empujó hacia el teléfono, ordenando:

—Contesta.

—¿Diga? —preguntó, de mala gana.

—Soy Bert —respondieron al otro lado.

Don, que tenía la oreja pegada al auricular, tuvo un relámpago intuitivo y preguntó a Ferguson en voz baja:

—¿Quién es Bert?

—Uno de esos de la moto —gruñó Ferguson, estirado en el suelo, buscando la muerte por pasividad.

Don pegó sus labios al oído de Maggie y le ordenó:

—Dile que a las veinte horas esté en el aeropuerto de O'Hare,  
que huiréis los dos. Todo está perdido.

Maggie quiso rebelarse, más la presión de la mano de Don en su nuca la convenció.

—Bert, todo está perdido —musitó—. Tengo dinero, huyamos. Espérame en  
O'Hare  
a las veinte horas.

Antes de que se arrepintiera, Don le quitó el auricular y lo ahorquilló en el aparato.

—Te crees muy listo, ¿eh?

—Maggie, imagino que además de practicar la bigamia te fascina el adulterio.

—¿Adulterio? Si no estoy casada con Ferguson no es adulterio.

—¿Que no está casada conmigo? —inquirió el financiero desde la alfombra.

Don pensó que si le contaba que estaba completamente engañado respecto a Maggie, Ferguson desearía reventar con más violencia, y optó por no contestarle.

—De modo que te hiciste amiguita de ese Bert.

—No lo denunciaré —dijo ella, con decisión.

—Si Bert es el hombre que yo pienso, no será preciso que lo denuncies, Maggie. Todo se está aclarando, pero me falta el cerebro de la organización de pirómanos. ¿Sabe usted quién es, Ferguson?

Ferguson había cerrado los ojos, se estaba durmiendo. Se abrazaba a la muerte con toda el ansia y el anhelo de que era capaz. Posiblemente, ni la joven y bella Maggie habría sido abrazada con tanta fuerza.

## CAPÍTULO XI

Katoe estaba dentro de la celda. Fuera de ella, varios rostros le observaban: el teniente Howard, David Condor, el inspector Brennan y Don Slatery, que acababa de llegar a la reunión.

—Ni siquiera ha pedido un abogado —dijo David Condor.

El teniente Howard se volvió hacia Don, preguntando:

—¿Cómo se encuentra míster Ferguson?

—Está en el hospital.

—¿Morirá? —inquirió Brennan.

—Se halla en estado de coma. Los barbitúricos que empleaba eran muy potentes. Una pastilla bastaba para dormir a un búfalo, y él se tomó las treinta del frasco.

—¿Hay posibilidad de que salve la vida?

—Sí, pero los médicos no quieren asegurar nada hasta que reaccione.

—Sullivan está muy contento —opinó el barbilampiño David Condor—. Ahora ya no tendrá que abonar la indemnización.

—Y Gaby Freeman, ¿cómo está? —interrogó el inspector Brennan.

—En la clínica. Por poco pilla una pulmonía, pero creo que quedará en un simple pero fortísimo catarro. Con unos antibióticos y unos días de descanso se le pasará. Las aguas del Michigan Lake están demasiado heladas en este tiempo.

—Fue un riesgo excesivo el que hizo correr a la chica —reprochó el teniente Howard.

—Debía cazar a este brujo y ya ve, está en la jaula. ¿Ha hablado?

Todos desviaron la mirada hacia Katoe. Éste les observó a su vez con una sonrisa de sorna y el teniente Howard aclaró:

—Pertenece al Black Power, aunque no sea un miembro activo, pues va a la suya, a sus negocios. Según lo que ha dicho, desciende

de los masai. Su bisabuelo fue un esclavo traído de África a Estados Unidos. Era hechicero o *laibón*, como ellos le llaman, y ese collar tan espectacular, que según Katoe le protege de todos los malos espíritus, lo ha heredado de generación en generación. Ahora, si estuviera en África, entre los de su tribu, sería hechicero.

—¿Ha comprobado lo del colmillo de leopardo, teniente? —preguntó Don.

—No falta ningún colmillo.

—¿Ninguno? —repitió Don, ceñudo.

Katoe sonrió con suficiencia.

—Sí, hay grupos de cinco.

—Teniente, Katoe es muy listo, pero ese collar no le va a proteger, sino a acusar.

—¿Cómo? —preguntó el inspector Brennan.

—Uno de los colmillos de leopardo que lleva es falso. Al notar la falta y posiblemente advertido por su jefe, lo ha sustituido por otro. A un especialista le costará poco identificar el falso. Ahora, que nos explique Katoe por qué perdió ese colmillo entre las cenizas del incendio.

—Quizá no sea suficiente prueba para acusarlo de homicidio —observó David Condor.

Katoe les miró a todos con cinismo y evidente seguridad en sí mismo. No tenía miedo pese a estar tras unas rejas acusado de pirómano, de estafa y homicidio en la persona del sereno.

—¿Usted puede identificarlo como a uno de los que le atacaron con los cócteles «Molotov»?

—Desgraciadamente, no. Los tres que iban en las motocicletas llevaban guantes, anoraks, cascos, jersey con cuello alto alrededor de la boca y gafas de motorista que les protegían los ojos y la frente. En realidad no pude ver ni una pulgada de su piel para poder atestiguar siquiera si alguno de ellos era blanco o negro.

El teniente Howard dijo resignado:

—En ese caso, sólo podremos acusarle de violencia en el *ferry*, de lanzar a la señorita Freeman al agua.

—También podemos acusarlo de intento de homicidio en mi persona. En el *ferry* me atacó con un arma blanca que fue recuperada tras sacarla de la chapa del coche en que quedó clavada. Además, el asunto del colmillo es una prueba de cargo. También

está el frustrado homicidio de Ferguson, y él admitirá que todo fue provocado.

—¿Y la esposa de Ferguson? —preguntó el teniente Howard.

Don explicó:

—Me ha entregado una confesión conforme Ferguson le explicó que había hecho un trato con ciertos sujetos para que provocaran un incendio en su empresa y así poder cobrar la indemnización.

—Una confesión interesante —opinó el inspector Brennan—. De esta forma, la Custody Corporation se verá libre de pagar; pero ¿dice en la confesión quiénes son esos individuos?

—Sí, nombres es lo que hace falta —insistió David Condor.

—Sólo menciona a un negro que se hace pasar por hechicero, que estuvo en su casa en una ridícula fiesta vudú y que se hace llamar Katoe.

El propio Katoe rebatió:

—He estado danzando en muchas fiestas; eso no es suficiente para acusarme.

—La esposa de Ferguson puede señalarle en firme. ¿Dónde está ella ahora?

—No lo sé —contestó Don—. Cuando volví la cabeza había desaparecido. Creo que tenía miedo de aparecer en una corte.

—Debió retenerla —reprobó el teniente Howard.

—Habrá de convenir, teniente, que yo no tengo autoridad para arrestar a nadie. Si usted, el fiscal o quien sea encuentran acusaciones contra esa mujer, allá ustedes, no es problema mío. Mi trabajo estriba en descubrir que el incendio fue provocado y por quién.

—Tenemos a un hombre de color detenido. No es demasiado para triunfar —observó David Condor.

—Es que eso no es todo —puntualizó Don—. Claro que si ese Katoe hablara, todo marcharía sobre ruedas y ya no habría problema para detener al resto de la banda.

El inspector Brennan atusó su espeso bigote y luego dijo con voz bronca:

—Katoe no hablará. Sabe que si lo hace lo cuelgan por el asesinato del sereno, y mientras permanezca callado tiene posibilidades de ser liberado de este asunto por insuficiencia de pruebas.

—Yo no opino lo mismo. Estoy esperando a Eddie Sullivan.

El teniente Howard preguntó sorprendido:

—¿Lo ha citado en esta estación de policía?

—Sí, y no tardará en venir. Si les parece, vamos afuera a recibirle, o mejor en su despacho, teniente Howard.

Dejaron a Katoe encerrado y cruzaron por unos corredores con abundancia de celdas en las que se hallaban encerrados desde simples borrachos a prostitutas y asesinos convictos y confesos en espera de ser trasladados por orden del juez.

Por el camino al despacho, Don Slatery entregó la confesión de Maggie al teniente Howard. Éste opinó:

—Cuando se celebre el juicio contra Katoe y contra Ferguson deberé enviarle una citación a Maggie.

—Si la encuentra —observó Don, guardando para sí la información relativa a la bigamia de Maggie, ya que era un pleito que a él no le incumbía.

Maggie y él habían hecho un pacto conforme la joven redactaba la confesión y Don volvía la cabeza, dándole tiempo a marcharse. Se comprometía también a no buscar ni avisar a Bert. De lo contrario, Don comunicaría el asunto a la policía y no llegaría lejos. Se la buscaría por todas partes.

Eddie Sullivan no tardó en presentarse con un portafolios con cerradura de seguridad.

Un vigilante armado de la Custody Corporation le acompañaba como protección.

—Caballeros, espero haber llegado a tiempo —dijo Eddie Sullivan.

—Así es —asintió Don Slatery. Miró su reloj de pulsera y añadió —: Faltan algo menos de dos horas.

David Condor, el inspector Brennan y el propio teniente Howard les observaron interrogantes. Fue el agente de la ley quien preguntó:

—Si pueden explicar para qué faltan dos horas...

Sullivan puso el portafolios negro sobre la mesa. Se sentó junto a él, comenzando a hablar.

—El investigador Slatery ha hecho una labor digna de todo encomio. Ha cumplido a la perfección con la labor que se le encomendó.

—Por favor, Sullivan, va a ruborizarme —atajó Don, un tanto socarrón.

David Condor observó:

—De la forma que hablan parece como si todo estuviera resuelto.

Por su parte, el inspector Brennan opinó:

—Yo tampoco lo veo concluido.

—Slatery está a punto de asestar el golpe mortal a esa banda de pirómanos que han venido estafando a la compañía de seguros que yo presidido. Por supuesto, recobramos el dinero que hemos pagado hasta ahora, y si no se recupera todo porque ha habido despilfarros, sí rescataremos grandes cantidades y muchos estafadores irán a la cárcel por sus delitos. Además, una vez concluido el caso, la compañía gastará una cantidad de dinero para darle difusión en todos los órganos de información pública y que se deje constancia de que quienes estafan a las compañías de seguros terminan en la cárcel y el asesino del sereno pagará su crimen con algo más que con la cárcel.

—Si nos aclaran algunos puntos, todos sabremos más de este asunto.

Don Slatery se echó hacia atrás en la butaca y comenzó a explicar su plan.

—Al parecer, la banda de pirómanos se componía de cuatro miembros, más, en cada siniestro, la complicidad punible del propietario de la empresa que salía beneficiado con la indemnización.

—¿Cómo sabe que son cuatro? —preguntó el teniente Howard.

—Deducciones. Uno era el cerebro y los otros tres delincuentes comunes aficionados al fuego y carentes de escrúpulos. Un negro, ése es Katoe, y dos blancos. Uno de estos últimos ya ha muerto; era Frank Lester. Por lo tanto, como Katoe ya está preso, sólo quedan dos. El cerebro es todavía un desconocido para todos nosotros.

—¿Y Katoe lo conoce?

A la pregunta de David Condor, Slatery respondió:

—Seguro que lo conoce. El cerebro era quien se llevaba la parte del león en estos siniestros, pero Katoe no hablará; es hombre duro y no resulta fácil asustarle.

—Eso de que no hablará es difícil asegurarlo —rebatía el

teniente Howard, algo ofendido—. Aquí podemos someterlo a un intensísimo interrogatorio.

—Creo que Katoe resistirá el prohibitivo tercer grado, teniente —insistió Don.

—Todo lo que está diciendo es muy interesante —concedió el inspector Brennan—. Siga, por favor.

—Bien. Gracias a mis pesquisas he conseguido entrar en contacto con el tercer motorista, es decir, con el último sujeto que conoce la identidad del cerebro.

—¿No es mucho asegurar? —inquirió David Condor, mordaz.

—No. El hombre se llama Bert y he concertado una cita con él.

—Ése es el punto que más me interesa —concretó Eddie Sullivan.

Todos estaban dispuestos a beber las palabras de Don Slatery.

—En el aeropuerto de

O'Hare,

a las veinte horas de hoy, me he de encontrar con ese delincuente, que me entregará una confesión completa antes de abordar el avión hacia el Brasil.

—¿Una confesión completa? —repitió David Condor, incrédulo.

—Sí, de todos los siniestros en que participaron, quiénes intervinieron, el modo de realizar cada uno de ellos y, lo que es más importante, el nombre e identidad del jefe de la banda de incendiarios, el hombre que ideó estos planes para enriquecerse a costa de sangrar a la compañía de seguros, cobrando, como es lógico, una parte de cada una de las indemnizaciones que la Custody Corporation iba pagando a los siniestrados.

El presidente del consejo de administración de la compañía aseguradora introdujo un llavín en las cerradura del portafolios. Levantó la tapa de cuero y aparecieron unos fajos de billetes cuidadosamente alineados.

—Cien mil dólares en billetes de cincuenta y de cien. Es lo que pagaré a Bert por esa confesión según lo concertado.

Todas las miradas convergieron en los billetes de Banco, listos para ser entregados a un delincuente antes de abandonar el país.

## CAPÍTULO XII

En el «Cadillac» de Eddie Sullivan, conducido por el agente de seguridad privado de la compañía de seguros, Sullivan y Slatery se internaban en el *parking* del aeropuerto internacional de O'Hare, a dieciocho kilómetros al noroeste de la ciudad.

—Tiene mucha seguridad en que todo salga bien, ¿verdad, Slatery?

—Pues sí. Ya estoy deseando tomar los cuarenta mil dólares que me ofreció por descubrir este caso, que yo titularía «el colmillo de leopardo».

—¿Por qué?

—Porque fue la primera pista que encontré, la que inició el desenredo de la madeja.

—Estoy pensando que por los pocos días que lleva de investigación va a cobrar mucho dinero.

Don sonrió con sarcasmo.

—En nuestra profesión no se cuenta el tiempo, sino los riesgos a correr. Yo he tenido que ofrecerme casi todo el tiempo como cebo para esos delincuentes, y ya sabe que han tratado de asesinarme en varias ocasiones.

—Es cierto, una profesión arriesgada la suya, debo de admitirlo, y la señorita Freeman puede atestiguarlo desde su cama en la clínica.

—Lamento mucho lo que le ocurrió a Gaby. Supongo que me estará odiando por el baño.

—Se podía haber roto la cabeza en la caída.

—Gaby es buena nadadora y saltadora de trampolín. Me lo había contado en el viaje que hicimos en su coche a la casa de campo de Ferguson.

—Por lo visto hablaron de muchas cosas.

—No suelo olvidar lo que me dicen, y eso lo tuve en cuenta cuando ella cayó al lago.

—Slatery, tengo la impresión de que es usted uno de esos hombres a los cuales las mujeres, por más rabia que les tengan, terminan perdonándoselo todo. Por cierto, no vaya a ocurrírsele contarle al teniente Howard que yo le pagué un poco de dinero a esa Maggie para que nos entregara la confesión y se marchara.

—Descuide, ella no era ni siquiera un peón en este caso. Tiene problemas de otro tipo, pero son de distinta jurisdicción.

—Faltan pocos minutos para las ocho. ¿Está todo preparado?

—Todo no. Faltan mis pelos largos, mi bigote, mi barba y mis gafas. Seré un tipo muy «in».

—¿Cree que ese Bert puede reconocerle?

—Sí, él me conoce, pero yo también le conozco a él.

Don sacó del bolsillo los aditamentos para su transformación. Luego, se miró en el espejo retrovisor y aceptó:

—No es fácil que me reconozcan ahora.

—Suerte, Slatery. Aquí tiene el maletín.

—El maletín sin dinero, porque usted se queda el de los cien mil en el coche.

—No vale la pena arriesgar el dinero.

—Naturalmente, Sullivan. Este otro maletín, tal como hemos planeado, dará mejores resultados.

Don tomó el maletín, que era distinto al que se había mostrado en la estación de policía, aunque su apariencia exterior era la misma. Sin embargo, éste tenía una cadenita con un aro pulsera que debía de cerrarse alrededor de la muñeca de su portador.

Sullivan también le entregó una pequeña caja metálica, no mayor que un encendedor corriente y que no era otra cosa que un artefacto electrónico de control remoto.

Don Slatery llevaba la pulsera de acero escondida dentro de la manga de su gabardina, pero sin cerrar. Sabía qué resorte debía de pulsar en el momento adecuado para obtener el resultado apetecido.

En aquella hora nocturna, el gran *hall* del aeropuerto estaba lleno de viajeros y gente que despedía o recibía a los viajeros, además de una verdadera tropa de empleados de las compañías aéreas.

Los micrófonos hablaban en español en aquellos instantes, advirtiéndolo del siguiente vuelo. Luego, las instrucciones salieron en alemán e italiano. El vuelo era destino Roma, vía Nueva York-Lisboa.

Don deambuló como uno más de los viajeros.

A través de las gafas oscuras que ocultaban sus ojos observaba al público con mucha atención. Debía de localizar rostros que ya conocía.

Comprobó que en su reloj eran las ocho y siguió buscando.

Había mucha gente, hombres y mujeres que miraban buscando a alguien a quien recibir o a alguien por quien ser recibido.

Cerca de las grandes puertas de cristal del bar de los salones para viajes nacionales descubrió a un hombre con cazadora de piel negra que de inmediato llamó su atención.

Dio un rodeo para pasar frente a él y observarle el rostro. No podía permitirse el lujo de equivocarse.

Sintió una gran satisfacción al descubrir a Bert en aquel joven.

No le cabía duda, lo reconocía como al tipo que le había disparado al salir del Black África.

«Seguro que irá armado», pensó.

Sabía que la situación era peligrosa. No le importaba que trataran de dispararle, pero sí que alguien inocente pudiera resultar herido. Por ello extremó las precauciones.

Se acercó al receloso y suspicaz delincuente que temía caer en una trampa.

No se fiaba del todo de su amante Maggie. Le habían recomendado en varias ocasiones que dejara en paz a la apasionada mujer.

Bert estaba asustado tras conocer la detención de Katoe. Primero había caído su compañero Lester, luego el negro y ya sólo quedaban el jefe y él.

Cuando parecía que iba a pasar de largo junto al delincuente. Don dio un paso de costado, poniéndose frente a él.

Bert, sorprendido por lo que parecía un empujón, apenas se dio cuenta de que la anilla-pulsera, caliente por el contacto de la mano de Don Slatery, se cerraba en torno a su muñeca.

—¡Eh, oiga, no empuje!

—Quieto, estúpido.

Don Slatery le arrebató la pistola que el delincuente llevaba en la sobaquera y se apartó de él.

Cuando ya el irreconocible Don se alejaba, Bert se percató de que había quedado con el maletín de piel oscura encadenado a su muñeca.

—¡Oiga, esto...!

Don aceleró el paso hacia la salida. En su zurda, dentro del bolsillo de la gabardina, sostenía el pequeño artificio de control remoto con el pulgar dispuesto a oprimir el dispositivo de disparo.

Le había resultado bastante fácil sorprender a Bert, al que ya conocía, y colocarle el maletín encadenado a su muñeca, desarmándolo después.

Le vio correr en dirección a otra salida.

—El pájaro está muy asustado —se dijo.

Bert dejó de correr al comprobar que nadie le perseguía y que con su actitud estaba llamando la atención.

Don permaneció atento a cualquier cosa que pudiera ocurrir. En realidad, aquello era una trampa tendida al cerebro, y Bert, sin este saberlo, era el cebo.

Le vio acercarse rápidamente a la salida cuando un hombre pasaba frente a las puertas.

Llevaba un gabán oscuro, sombrero bajo con el ala inclinada hacia los ojos y el cuello subido.

Don se pegó a los cristales y avanzó por ellos cuando el sujeto semicamuflado miraba a Bert y sacaba algo del bolsillo. Era una revista doblada, dentro de la cual escondía la mano.

—¡Alto! —le gritó Don.

El individuo, sorprendido, miró hacia Don, desviando la revista.

Antes de que ocurriera algo desagradable, Don hizo un disparo con la pistola que acababa de quitar a Bert.

El sujeto del gabán oscuro recibió el impacto justo en el hombro y su brazo pendió inerte a lo largo del cuerpo. La revista cayó sobre el piso pulimentado y de su interior salió una pistola con silenciador.

Como había supuesto, se produjo un conato de pánico colectivo en el *hall* del aeropuerto.

Al escuchar el disparo y reconocer al herido, Bert corrió hacia las puertas para huir, pero Don Slatery presionó el botón de su

artificio electrónico, emitiendo una señal de ondas al maletín que había encadenado a la muñeca del delincuente y del cual no se podía liberar.

Del maletín salieron disparadas múltiples antenas telescópicas similares a las de los radiotransistores, de unos cinco pies de largo cada una de ellas.

El maletín semejó pronto un enorme erizo metálico. Las largas varillas salidas en todas direcciones le daban un volumen de algo más de diez pies de alto por otros tantos de ancho, y al querer pasar por la puerta, las incómodas varillas se lo impidieron.

Por más que estiró de la cadena del maletín, Bert no consiguió librarse de él.

La policía de seguridad del aeropuerto corrió hacia ellos y se acercaron a Bert para arrestarlo. Éste se sintió como una mosca atrapada en una tela de araña.

Por su parte, Slatery había corrido hasta el herido, sujetándolo por un brazo antes de que pudiera escapar corriendo.

—Mala suerte, inspector Brennan. Ha caído en la trampa que le hemos tendido.

—Ha sido muy listo, ¿eh? —masculló el bigotudo Brennan, destilando rencor.

—Desde el principio sospeché que alguien de los que rodeaban a Eddie Sullivan era el cerebro de la organización le pirómanos.

—Enhorabuena —felicitó Eddie Sullivan, satisfecho, acercándose con su agente de seguridad mientras policías y curiosos se arremolinaban a su alrededor.

## EPÍLOGO

Gaby Freeman vio entrar en su habitación a Don Slatery cuando ya preparaba las maletas para abandonar la clínica.

—Hola, Gaby. ¿Empacando para regresar a casa?

—Sí —miró un gran ramo de flores que había en un búcaro y añadió—: Gracias por las flores. Creí que los hombres modernos habían perdido la delicadeza de regalar flores.

Don se acercó más a la chica.

—Me hubiera gustado traértelas yo mismo, pero...

—Ya sé, los hombres os sentís algo ridículos con un ramo de flores en la mano, os parece que merma vuestra masculinidad.

—Bueno, lo importante es que te gustaron las flores.

—Sí, muchas gracias.

Ella parecía algo arisca y Don se dispuso a mimarla como haría con un gato celoso.

—¿Curada del catarro?

—Por poco fue pulmonía.

—Lo siento, pero hoy día con antibióticos...

—Mis labios se han hinchado de tanto estornudar y de la fiebre que he pasado.

—No veo nada malo. Sigues tan bonita como siempre.

—Parece que vuelves más halagador. ¿Qué sucede? ¿Has perdido tu cinismo por el asfalto?

—Bueno, es que estoy pasando por la situación más difícil de mi vida.

Gaby le miró con sus grandes ojos verdes muy abiertos.

—¿Qué te sucede? ¿Acaso van a condenarte a la horca?

—No, sólo le estoy pidiendo matrimonio a una chica.

Gaby parpadeó incrédula.

—¿Qué estás diciendo?

—Que si quieres casarte conmigo.

—¿He oído bien?

—Verás, ahora tengo un empleo fijo. Eddie Sullivan me han nombrado jefe de inspectores de la Custody Corporation.

—Vaya, al parecer el jefe ha quedado satisfecho de tu trabajo.

—Sí, y con la prima creo que podremos comprar un apartamento para vivir los dos. No seré muy molesto. Sé freírme huevos con jamón.

—De modo que te has salido con la tuya y yo aquí, en la clínica, sin enterarme de nada —protestó, enfurruñada.

—Bueno, todo ha ido rápido. El tercer motorista fue atrapado en el aeropuerto y ha confesado todos los delitos. Katoe fue quien mató al sereno, partiéndole la cabeza contra una mesa al ser descubiertos cuando colocaban el artefacto incendiario de fabricación casera a base de un rollo de celulosa empapado en alcohol. En realidad, no era una bomba. Prendían fuego a la larga tira de celulosa, desenrollada en el punto vital del edificio que iban a quemar, y se alejaban. El alcohol, cuando comienza a arder, no produce humo y les da tiempo a marcharse. Tampoco su olor es detectable con facilidad. Cuando los vecinos advierten lo sucedido y avisan a los bomberos, ya es tarde. La madera del edificio, alfombras y cortinas comienzan a arder.

—¿Y el cerebro?

—Brennan.

—¡Imposible! —exclamó, vivamente asombrada.

—Se delató, cayendo en la trampa que le tendí y de la que salió con vida. Ha confesado también, más que nada para no verse complicado en la muerte del sereno.

—¡Pero qué sagaz eres, Don!

Ella lo besó en los labios impetuosamente, y él la estrechó por la cintura para que no escapara. Ya era suya.

Lo que ignoraba en aquellos momentos es que como regalo de bodas recibiría un extraño objeto: un collar, auténtico de colmillos de leopardo.

Después de todo, Katoe ya no lo iba a utilizar jamás. Lo habían sentenciado a cadena perpetua y el masas era de los que sabían perder.

FIN





Las mejores obras de:  
**"SUSPENSE", ESPIONAJE  
Y POLICIACAS**  
escritas por los mejores  
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos  
colecciones son prueba evidente  
del favor que el público dispen-  
sa a nuestras series populares



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

**PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.**

Impreso en España



## NOTAS

[1] Matón. < <